

# La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 19 DE JULIO DE 1915

NÚM. 1.751

## BUENOS AIRES. — MONUMENTO A JUAN DE GARAY, FUNDADOR DE AQUELLA CIUDAD

El día 11 de junio de 1580, un grupo de conquistadores, españoles y criollos, entre los que figuraban los después célebres Ortiz de Zárate y Vera y Aragón, capitaneados por D. Juan de Garay, echaron los cimientos de Buenos Aires, emporio hoy de riqueza y legítimo orgullo de sus hijos.

A pesar del verdadero furor estatuario monumental de estos últimos años, carecía de tan merecido homenaje el fundador de Buenos Aires. Afortunadamente, de reparar tamaño olvido se encargó D. José Luis Cantilo, hombre tenaz que puso todas sus energías a contribución a fin de que se perpetuase en bronce la gigantesca figura del atrevido capitán; y el día 11 de junio último se inauguró la estatua de D. Juan de Garay, obra del escultor Sr. Eberlein, asistiendo a tan solemne acto el Sr. Presidente de la República, el Sr. Ministro de España en re-

presentación de D. Alfonso XIII, los ministros del Poder Ejecutivo y representantes de todas las sociedades y agrupaciones españolas.

Hizo entrega del monumento el Sr. Cantilo, pronunciando con tal motivo un discurso modelo de sentida elocuencia, de profundo cariño a España y de castizo y correcto lenguaje.

Un gentío inmenso en el que estaban representadas todas las clases sociales presenció la simpática ceremonia.

Agradecidos hemos de estar todos los españoles a la Comisión organizadora de tan justa apoteosis y especialmente al Sr. Cantilo, cuyo discurso es eco fiel y elocuente de lo que sienten hoy los hombres pensadores de la República Argentina.

Buenos Aires, junio de 1915.

R. MONNER SANS.



Inauguración del monumento efectuada el día 11 de junio último

(De fotografía facilitada por el diario bonaerense «La Nación» y remitida por nuestro corresponsal literario D. R. Monner Sans.)



**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La paz del llano*, por Luis G. Manegat. — *Costumbres populares de la Lombardía. El himno floral.* — *Venecia. Defensa de los monumentos contra el bombardeo de los aviones austriacos.* — *La guerra europea.* — *El servicio de correos de campaña en Alemania.* — *Madrid. Los periodistas barceloneses.* — *Rosario D'Ory.* — *Mi tío Florencio*, novela original de Andrés Theuriot, ilustrada por E. Bouard. — *Buenos Aires. El A. B. C.* — *Los altos mandos en África.* — *Valldiverra. El Teatro de la Naturaleza.*

**Grabados.** — *Buenos Aires. Inauguración del monumento a Juan de Garay.* — Dibujo de Luisa Vidal, que ilustra el cuento *La paz del llano.* — *El rimero*, escultura de F. Adet. — *Sinfonía en blanco n.º III*, cuadro de Jacobo McNeill Wisthler. — *Costumbres populares de la Lombardía. El himno floral*, dibujo de Ricardo Pellegrini. — *Venecia. Defensa de los monumentos contra el bombardeo de los aviones austriacos* (cuatro fotografías). — *La guerra europea.* — *El servicio de correos de campaña en Alemania.* — *Madrid. Los periodistas barceloneses.* — *Rosario D'Ory.* — *Buenos Aires. El A. B. C.* — *El general D. José Villa/ba Riquelme.* — *Don Francisco Gómez Jordana.* — *D. Luis Aizpuru y Mondéjar.* — *Una escena de «L'Arlesiana» en el Teatro de la Naturaleza de Valldiverra.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No os gustan las golondrinas?

Para olvidar tantos horrores como diariamente leemos; hay que fijar la atención en asuntos, si es posible, idílicos.

Hay que practicar el consejo y lección de los pocos sabios que en el mundo han sido; hay que prestar el oído atento a los rumores concertados y dulces del huerto y las frondas con manso ruido meaneadas.

Hay que poner, más que nunca, mundos de poesía y de encanto en una rosa acabada de coger, con un diamante de rocío en cada hoja, con esa frescura incomparable de los pétalos, que, mejor que seda, parecen una carne virginal y satinada, de doncella o de niño.

Hay que apartarse con el espíritu del estrago de la luctuosa pugna, y crearse un microcosmos gentil, armónico, de paz y de belleza, ¡mientras los hados, siempre enigmáticos y terribles, nos lo permitan!

Y por eso las golondrinas, este año más que nunca, tienen en su canto repicado y gorjeador un atractivo de reconciliación con la vida, de misterioso y humilde goce...

\* \*

Por la circunstancia de que mi residencia de verano encierra muchas salas cuyo techo lo forman, a la antigua, las mismas vigas a descubierto, apeadas en canchillos, las golondrinas le han cobrado una afición desmedida, pues encuentran hecho el sitio para sus nidos.

Una invasión de las lindas aves nos obligó a pensar en defendernos de ellas, sin hacerles el menor daño.

Las ventanas cerradas un par de días, bastaron para desorientarlas. Al menor descuido, sin embargo, volvían, con una confianza conmovedora.

Bien hubiera querido admitirlas, darles hospitalidad para sus pequeñuelos.

Sin creer, como dice el pueblo, que las golondrinas traen la dicha a las casas donde anidan, creo que son tan simpáticas, mansas y alegres, que bien puede sacrificarse algo por ellas.

Mas no tanto como el sueño... Porque se venían a mi dormitorio a nidar, y al primer rayo de la luz de estos tempranos amaneceres de mayo y junio, armaban una algarabía de pitidos, que a un mismo tiempo obligaba a bendecirlas y a renegar de ellas...

\* \*

Eran unas tiranas muy monas, con su azulado pechito y sus negriblancas alas, sus vuelos surcados y sus gorjeos en que parecen referirse anécdotas.

No hubo más remedio que cerrar la gran ventana de capiteles esculpidos, que sin duda las atraía, como el resto de la casa, por su semejanza con las viejas abadías y torres y las románicas iglesias...

Para tranquilidad de mi conciencia, diré que estoy segura de que hallaron refugio en otras construcciones, en las cocheras, en la panera, sabe Dios... Sólo que ellas prefieren la casa de los techos a la antigua, donde hay rincones tan deliciosos, tan tranquilos, y

donde se reúne gente, pues la golondrina es sociable, amiga de habitar entre los hijos de los hombres.

La golondrina tiene otro mérito: se come a todas las larvas, a todos los insectos inmundos que ve. Mosca que cae bajo su inspección, que se cuente por difunta.

Esa liga que está formándose contra las moscas, o se halla formada ya, debiera contar entre sus socios de honor a las golondrinas emigradoras.

\* \*

Se me dirá que éste no es año de golondrinas, sino de cuervos y grajos...

Para que nos consolemos, nos anuncian que se están haciendo, en Inglaterra, preparativos para tres inviernos más.

Sin embargo, voces como susurros repiten: «No lo crean. No es posible, no hay resistencia que tanto dure. La paz se iniciará en otoño...»

Más vale atenerse a esto último. Más vale ilusionarse.

¿Quién nos quita este fulgor de esperanza?

¡Si fuese verdad — pero de canard tiene trazas más bien — que el Káiser ha anunciado para octubre el último acto de la tragedia!

El Káiser estará muy bien informado; pero, ni el Káiser, ni nadie, en el estado actual de la lucha, puede prever su término con exactitud.

Un solo dato parece indicar que no tarde mucho en inclinarse la balanza: y es que ya apenas queda potencia que no se haya mezclado en el conflicto, a excepción de las escandinavas y de Suiza, Holanda y España, por hoy neutrales.

Y declarada la guerra a Alemania por el mundo entero, será extraño que no la acorralen y rindan en algunos meses, aun cuando diríase que va a suceder lo contrario.

\* \*

Según las últimas referencias de la prensa (que modestamente confieso ser mis únicas fuentes de información, pues ninguna cancillería europea me pasa ninguna nota, ni hay en las cercanías, que yo sepa, ningún aparato oculto de telegrafía sin hilos), los rusos van replegándose, combatiendo a retaguardia, y los alemanes yéndoles a los alcances tenazmente.

Przemysl y Lemberg han sido reconquistados.

Los turcos, al principio no tan bien organizados, pero siempre llenos de espíritu militar, según corresponde a su historia, ahora presentan una resistencia vigorosa que hace a Constantinopla casi inexpugnable.

Los Dardanelos no han sido forzados.

Las escuadras aliadas pagan triste y copioso tributo a la destrucción por medio de submarinos alemanes.

En Francia, no hay manera de romper esas líneas de hierro y fuego, antemural de los germanos.

Italia, hasta la fecha, hace una guerra sin empuje, sin arranque; dijérase que cumple la consigna de combatir «pulgada a pulgada».

Los Estados Unidos, que hicieron finta de desca-bezar, lo han pensado mejor.

Y ya el Imperio come pan blanco, y no parece sino que cada día que transcurre, cada incidente que se desarrolla, cada parcial y episódico acontecimiento, aumenta la cohesión formidable de ese pueblo resuelto a tragarse a los demás, a establecer la supremacía teutónica en el globo!

\* \*

En la Edad Media ocurrió algo parecido.

Los bárbaros, que vivían pobres y frugales en sus selvas, soñaban el sueño guerrero de los Dioses de su mitología.

Las hijas de Votán, cabalgando en sus corceles que relinchan al olfatear la sangre, lanzando salvajes gritos de alegría al ver los cadáveres extendidos sobre el campo de batalla, eran las inspiradoras de las tribus belicosas, castas y feroces.

Mientras el mundo latino sonreía patrocinado por las Musas, el mundo germano veía cruzar por entre las nubes a las vírgenes guerreras, que incitan a pelear y morir.

Y los latinos sentían la amenaza; Roma combatió para rechazar a sus bosques a aquellos enemigos envueltos en pieles de fiera, y Germánico pudo imponerles, si no el yugo, al menos una valla.

Decadente el Imperio, los germanos empezaron a salir de sus guaridas.

Al principio ofrecían su brazo, su sangre joven y

vigorosa, a pueblos que ya no acertaban a sostener el peso de la espada y del escudo.

Empezaron así, como mercenarios, y acabaron como dueños.

Veían mil cosas apetecibles, que en su tierra natal eran ignoradas por completo; los refinamientos de la civilización los sorprendían tanto como el dulce clima de Italia y las encantadas orillas del Mediterráneo, cubiertas de vides y rosas; y, merced al marasmo en que habían caído los que fueron un tiempo victoriosos en los seculares bosques jamás antes explorados, los bárbaros afianzaron su conquista, llevaron a todas partes su sangre y su raza.

\* \*

España, que parece tener más afinidad con los semitas, encierra no pocos descendientes (no se tome a mala parte) de los vándalos, suevos y visigodos.

Y los bárbaros del Norte (tampoco se entienda esta designación en sentido injurioso para Alemania), han cambiado menos de lo que a primera vista se creyera, durante el transcurso de los siglos.

La portentosa civilización que adquirieron tantos hombres insignes por el pensamiento, por el arte, por la poesía, por la ciencia, por los profundos estudios filosóficos, por la intensidad y altura del sentimiento religioso: Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Lessing, Vinkelmann, Schiller, Goete, Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Bach, Wágner, y la infinidad de nombres que se atropellan en la pluma, no impiden que ese pueblo esté hoy establecido sobre las mismas bases que lo estaban las tribus fieras, inocentes y desgreñadas que se precipitaron sobre países más bellos que el suyo, en busca de botín de guerra, fundando reinos.

De aquel germano primitivo, queda mucho, queda lo esencial en el germano de hoy, mientras que en el latino se diría que los caracteres que ostentó la raza en el momento de su esplendor han ido borrándose, siendo substituidos por otros menos útiles para la lucha por el engrandecimiento colectivo.

\* \*

La sangre germana sigue siendo joven, fuerte, impetuosa, y sobre tan rico fondo, la disciplina social ha puesto su coraza, su revestimiento de fortaleza y paciencia.

No ha mucho, al escasear el cuero, se presentaron en las Escuelas alemanas niños descalzos.

Denunciado el hecho por los maestros, la autoridad contestó que el cuero era necesario para la guerra, que el calzado, costaba mucho, y que los niños, en estas circunstancias, podían ir con los pies desnudos sin escandalizar a nadie.

Y lo mismo que van descalzos los chicos, irán los grandes, si se tercia; porque igual que han comido pan negro y mezclado con paja picada y avena dura, aceptarán esta otra privación, esperando el día en que la patria pueda darles permiso para usar zapatos...

Por esto que voy diciendo, no se entienda que soy germanófila.

Estudiar, comprender, es mejor que apasionarse. Yo concedo que los alemanes han hecho la guerra del modo más violento y destructor.

La cosa viene de atrás. En el siglo XVII, los que en una batalla tenían que rendirse no querían hacerlo a tropas alemanas, por temor a tratamientos feroces. Preferían rendirse a los españoles, los que mejor trataban a los prisioneros de guerra.

En Alemania, dado el conjunto de cualidades, tenían que existir estos defectos.

La teoría de la fuerza sobre el derecho tenía que nacer allí, y allí también el teórico de las ideas primitivas, contra la compasión, la caridad y la debilidad: ese Nietzsche, que tan profundamente influyó en la evolución de la conciencia de nuestro siglo...

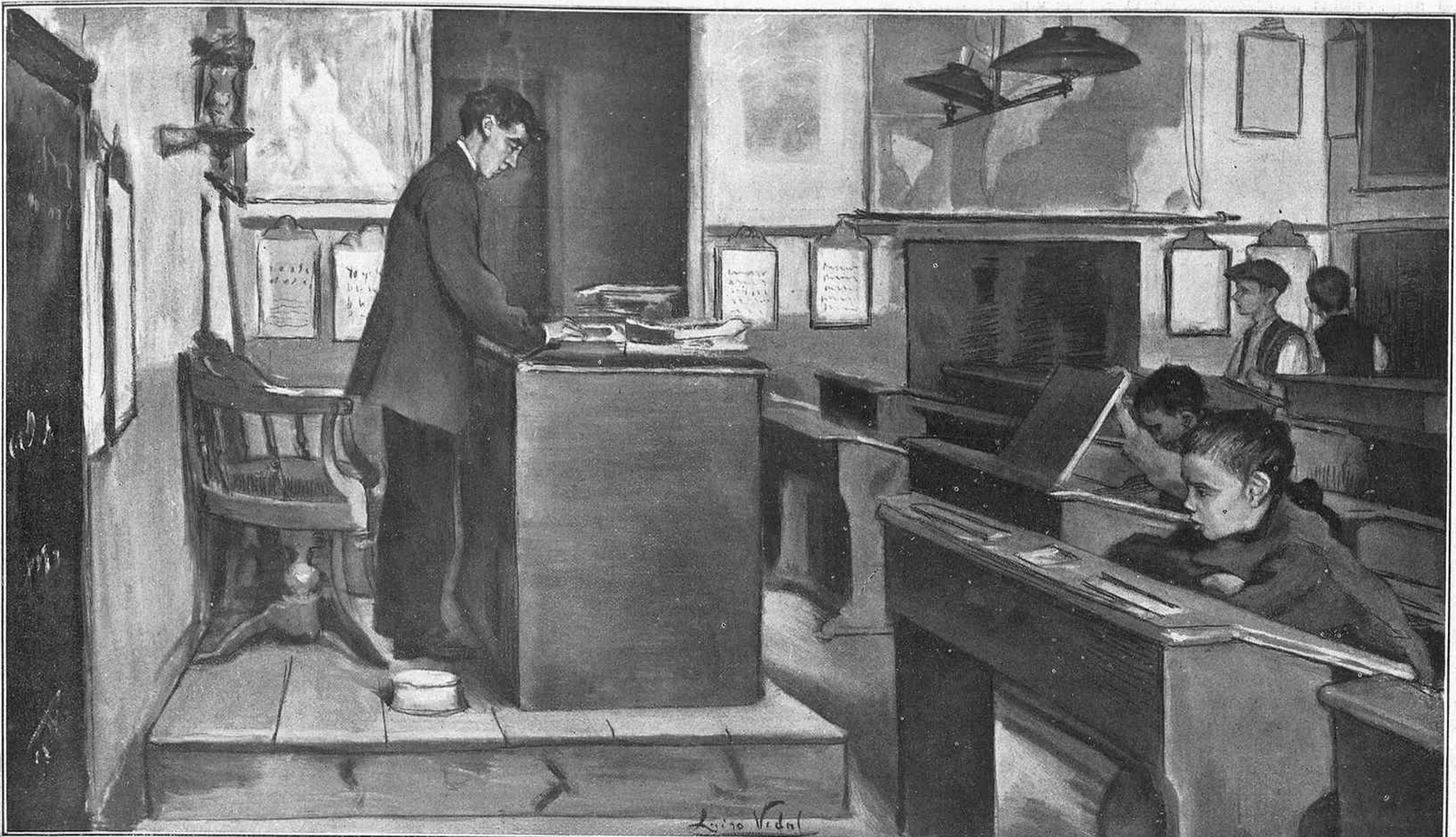
\* \*

Y no quiero terminar esta crónica sin consagrar un recuerdo a Porfirio Díaz, que acaba de morir.

Con él, México llegó a ocupar puesto muy principal entre las naciones americanas que se despertaron a la cultura y al progreso.

Al irse él, arrollado por los instintos anárquicos a que tanto tiempo sirvió de freno su mano hábil, México cayó en el actual estado, que se califica con decir que se hallan interrumpidos los ferrocarriles, incultas las tierras, en peligro inminente y continuo las vidas, saqueado todo, muerto el comercio, en fuga los extranjeros, temblando los naturales, y los yanquis a punto de poner orden donde no existe.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



era el maestro un joven que no pasaba de los veinticinco años

LA PAZ DEL LLANO, POR LUIS G. MANEGAT, dibujo de Luisa Vidal

I

En la Plaza Mayor del pueblo y en la propia casa del consistorio, un viejo caserón de blanqueadas paredes y ancha portalada, tenía albergue la escuela municipal.

Cruzado el portón, hallábase un corredor; a mano derecha, una escalera, amplia, con peldaños de piedra, que conducía a las dependencias del Excelentísimo Ayuntamiento; formaban éstas una sala que era a la vez despacho del alcalde, del secretario y salón de sesiones. Volviendo a la planta baja y al final del pasadizo o corredor, un patio, en él abría una puerta ante una pieza cuadrangular de no escasas dimensiones que era la escuela; los bancos, alineados unos tras otros, perdieron ya su primitivo color, y tanto en éstos como en las paredes veíanse las huellas que dejaban impresas en manchas de tinta, desconchones de la madera y el yeso y dibujos más o menos murales, las generaciones de chiquillería que en el transcurso de los años acudieran a aquel humilde templo en busca de la luz de la inteligencia.

Sobre una tarima, en el testero de la sala, una mesa, repleta de libros, cartapacios, barras de yeso; pendiendo de la pared, una pizarra, cartelones y mapas, y en el centro, una oleografía representando al monarca.

El aula comunicaba a un huerto; era una huerta aquella mitad jardín; el verde fresco, lozano, de los planteles de legumbres, destacando sobre la tierra casi roja, húmeda, henchida de jugo; y en medio una doble hilera de naranjos, cuajadas sus redondas copas de la alba flor; bajo ellos y formando valla a los bancales, la zarza del rosal, coronada de grana; el aire y el sol besaban los naranjos y el rosal, y luego entraban en el aula, a raudales, inundándola toda de calor y de luz.

Como el pueblo era pequeño y aquella la única escuela, asistían chiquillos de todas edades; mocosillos de tres a cinco años, con sus caritas redondas, mofletudas, rebosando en ellas la salud y la vida, pero todas churretosas; otros, mayorcitos, de siete y diez años, despierta la inteligencia, con ansia de recibir en sus almas vírgenes, la semilla de la palabra y el ejemplo; eran muchos, acudían a la escuela, uno a uno, dos a dos; luego, la salida, en tropel; entre la algazara de gritos y risas se esparcían por la plaza, ante la escuela, libres ya de la férula maestril, que era para ellos el deber, el triste y cotidiano deber.

Y en buena fe te digo, lector, que aquella férula

no podía ser más dulce y placenteramente ejercida; era el maestro un joven que no pasaba de los veinticinco años; Julián Ramiro, terminó sus estudios en la Normal de la provincia y obtenida plaza, allá marchó, a aquel puebluco oscuro y lejano, hundido casi en el fondo del llano, un claro verde, todo reverberante y que circundaban en estrecho abrazo, como codiciosas de su exuberancia, una cadena de montañas.

Acompañó al joven maestro, su hermana, Antonia; una muchachita de veinte años, un alma apenas despierta a la vida y que había gustado ya el acerbo sabor de la desgracia; Julián y Antonia eran huérfanos; pocos meses antes de llegar al pueblo cerró los ojos su madre, una pobre viuda que a costa de privaciones y afanes logró la educación de sus hijos; Julián, en aquel trance y al oprimir sobre su pecho la cabecita blonda y sedosa de su hermana, recibió sobre sí toda la crudeza del dolor y el mandato imperioso que en nombre del deber hacía la conciencia, obligándole a ser su amparo y sostén.

Aunque estaban sus ánimos contristados por la desgracia, el mutuo afecto obró en ellos de bálsamo y en la soledad del puebluco, él dedicado con ardor a su misión, con el ardor y la fe de las cosas hondamente sentidas, y ella, al cuidado de su hermano, fueron poco a poco venciendo aquella especie de modorra, de triste sensación de cosa muerta que flotaba sobre el pueblo, para convertirse presto, aquellas brumas, en severidades de calma y bienestar que entrándose dentro de sus almas, llenas de optimismo, terminaban por hacerles agradable aquella vida de reposo y de paz.

Y por las mañanas, a la hora en que ya el sol comenzaba a hacer reverberar en estallidos de luz todo el campo, gozaba el joven maestro viendo entrar en aquella pobre y destartada aula, toda la generación de pequeños del pueblo, que con las carillas rientes y gozosas iban ocupando los bancos y una vez ya instalados, rompían en estridente tono y como introducción a las tareas del día, el rezo del *Padre Nuestro*.

Y entonces, Julián Ramiro, sintió su pecho invadido por dos grandes amores, el de su hermana Antonia y el de toda aquella chiquillería, que aguardaba ante él, bullendo y mal contenida la inquietud, su palabra, que había de hacer germinar en los infantiles pechos la noción del deber y del bien.

Un año transcurrió de esta suerte en el tranquilo y sano vivir de aquella dormida aldea; en su retiro,

dedicóse con ardorosa constancia al estudio; pasó el invierno, frío y ceñudo, y comenzó a apuntar una primavera riente, llena de luz; entonces, un día, el joven maestro, mientras paseaba con su hermana por el huerto, le habló con serenas y amorosas palabras de la necesidad de una corta separación; partiría a Madrid, a concurrir a unas oposiciones que habían de celebrarse en breve; como que los gastos del viaje eran excesivos, ella quedaría allí, confiada a los cuidados de una vieja sirvienta que consigo llevaron y las honradas familias del pueblo con quien captáronse simpatías; luego, su regreso, en posesión ya de la nueva plaza y la redención de aquel cautiverio, la marcha de los dos al Madrid de ensueño, que era como un puntito de oro, que brillaba, brillaba entre los proyectos y esperanzas que forjábanse.

Y llegó el día de la primera separación; Antonia fué a despedir a su hermano hasta muy lejos del pueblo; un camino que se empinaba por la ladera, arriba, arriba; luego, de pronto, en un recodo, perdióse el valle, y entonces, en descenso, hasta otro pueblo por el que pasaba el ferrocarril; una legua escasa; pero Julián no quiso que Antonia llegara a él.

Despidiéronse, sin palabras, la angustia les anudaba la garganta, un abrazo largo, interminable; después, al alejarse, poco a poco, volvíanse a cada instante para hacer adiós.

Antonia se quedó largo en lo alto del cerro, hasta que vió una columnita de humo, muy blanco, muy blanco, que se perdía entre el verdor de la vega.

II

Pasaron tres meses. Antonia, la muchachita alegre, riente, vivió durante ellos con la continua zozobra de la ausencia de su hermano; éste había salido airoso en las oposiciones, obteniendo plaza en la Normal de la Corte, y en una carta llena de entusiasmos anunciaba su regreso.

Llegó Julián y volviendo con él el contento al ánimo de Antonia, pareció llenarse de nuevo el viejo caserón de la escuela de luz y de vida.

Cual si no supiera de la próxima partida y del abandono para siempre de aquella casona y de aque-

pueblo, desvivíase, como antes, Antonia en cuidar del aula, de las habitaciones, de la huerta y ni el menor detalle hallábase desatendido.

Hablaba de continuo Julián a su hermana del nuevo vivir y de los nuevos horizontes que abriáranse ante ellos, y estaban sus palabras llenas de la fe y de la unción del que tiene la seguridad del éxito.

Mas en medio de esta alegría, notaba Antonia que algo preocupaba a su hermano y en más de una ocasión observó que acudiendo a sus labios una frase, volvíase atrás en su propósito cual si temiera pronunciarla.

A medida que acercábase el tiempo de la marcha, fué acentuándose la preocupación de Julián, hasta que un día, haciendo un esfuerzo, como venciendo en sí mismo una idea que le domeñara, habló a su hermana de lo que hasta entonces nunca había osado revelar.

Y le habló de un amor que había dejado allá en la Corte; breve fué el tiempo que permaneció en ella, pero mucho ahondó aquel querer, cuando Julián, con frases llenas de entusiasmo, quiso pintar a su hermana las gracias, donaires y virtudes de la que de tal modo había preso su corazón; no ocultó el joven maestro a Antonia la posición modesta que ocupaba Rosario, éste era su nombre, y fué inmensa alegría la que recibió al oír las palabras que a raíz de su confianza pronunció su hermana, palabras llenas de natural complacencia y hasta de contento al ver la felicidad que producían en el ánimo del que constituía su único amor y amparo.

Y ahora cábeme a mí decirte, lector, que en mucho y mucho engaño la confiada y sencilla credulidad de su hermana el joven maestro, que, como verás luego, en muy mala hora y razón conoció a la tal Rosario, de la que sólo pintó las gracias y donaires, pero no su procedencia ni condición, que no precisamente por humilde era deshonrosa; pero quiso el azar cegar en tal forma los ojos, un poco desfallecidos al ardiente beso de la luz de la Corte, del joven estudiante, que aun quizás oyendo dentro de sí la voz de la razón, no dió oídos a ésta, acallándola en la ensordecedora turbamulta de las pasiones.

Fué un día gris y lluvioso del naciente otoño cuando los dos hermanos llegaron a la Corte, a aquel Madrid dorado y loco, de los ensueños de muñeca de Antonia y de las ambiciones y esperanzas de Julián.

A Antonia, al entrar en la ciudad, medio envuelta por la blanquecina niebla, no le pareció tan hermosa como le pintaron sus ensueños, y al joven maestro antojósele que era día y que las calles estaban llenas de sol.

### III

Y el desencanto llegó, con violencia, cruelmente.

Rosario Acuña, hija de la muy respetable doña Pepa González de Acuña, pupitera en la calle de la Cruz de la Villa y Corte, era de lo peorcito que en el género de muchachas desaprensivas pisó las aceras de la Puerta del Sol y calle de Preciados, a la hora del atardecer ciudadano.

Y he aquí, lector, cómo al joven estudiante condújole, no el azar, pero sí la recomendación del secretario del pueblo, al hogar que para martirio y desmedramiento de tristes oficinistas y pobres opositores tenía establecido con carácter de casa de viajeros la tal dicha doña Pepa.

Y como el estudiante, una vez dejó de serlo, en virtud y gracia de sus trabajos y de la aprobación del tribunal, no era precisamente costal de paja,

supo poner Rosario una mayor dosis de picardía en sus ya de suyo pícaros ojos y un tan grande cumplimiento y desvelo en el cuidado del novel profesor, que éste, que nunca anduvo en tales lances, cayó de lleno en el garlito de la dulce cadena que formaban los brazos de la pupitera hija, cuando estrechándole en ellos con amorosos transportes, jurábase como al primero, hondo y único de sus que-  
reres.

lián añoró aquella dulce y serena paz del puebluco, y ante sus ojos desfiló la caterva de chiquillos, los menuditos con sus caras mofletudas y rosadas y sus ojos ingenuos, muy abiertos; y el aula, mísera, pero llena de la luz y del delicioso aroma que emanaba el huerto.

Y como mirara a su hermana y leyera en su rostro el mismo deseo que aleteaba en su pecho, la abrazó muy fuerte y fundiendo y secando con besos sus lágrimas, decidieron el abandono de la ciudad, tan ruidosa y tan falsa, para ir a cobijar sus vidas, discípulas de la sencillez y la verdad, entre aquella cadena de montañas que cercaban, codiciosas, el eterno verdor del llano.

Hallábase aún vacante la plaza que abandonó Julián y renunciando al puesto que tantos sudores le costara, un día, en que, al decir de Antonia, lucía más el sol y el cielo era más azul, tras unas cuantas horas en que cual quimérica pesadilla pasaban los campos, las casas, los postes telegráficos, llegaron al pueblo del que salieran meses antes y al que regresaban por segunda vez, llevando sobre sí el peso del desengaño.

Desde lo alto del cerro, al volver el recodo, vislumbraron en el fondo del llano las casucas, humildes, blancas, muy juntas, como hermanadas a un solo amparo, flotando sobre ellas un ambiente todo paz, todo quietud, todo silencio...

### COSTUMBRES POPULARES DE LA LOMBARDÍA

#### EL HIMNO FLOREAL

(Véase el grabado de la página siguiente.)

Entre las costumbres populares de la región italiana de la Lombardía, una de las más típicas y curiosas es indudablemente la conocida por el nombre de «El himno floreal».

Es ésta una fiesta en extremo simpática y poética que generalmente se celebra en el mes de mayo y algunas veces en el de junio, cuando la primavera viene retrasada, pues el himno floreal es un rito consagrado a aquella estación, la más hermosa del año,

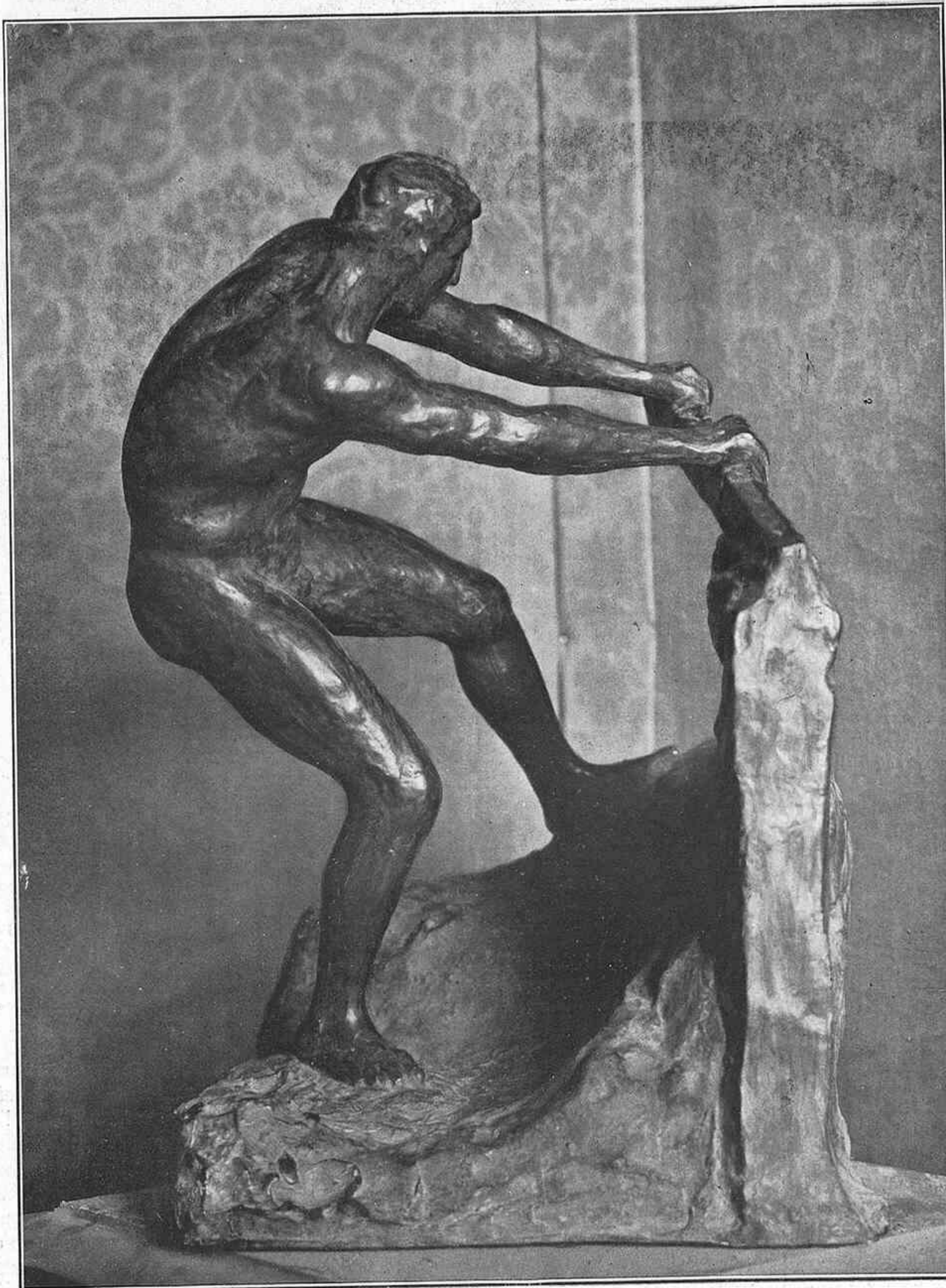
en que la naturaleza, despertada del invernal letargo, se dispone a devolver al hombre convertidas en opimos frutos las simientes que en su seno ha sembrado y que ha hecho fructificar con el sudor de su rostro.

Algunos días antes, en votación pública y en la que toman parte todos los habitantes de la región, es designada la doncella de mayor belleza de la comarca que ha de ser la heroína de la fiesta, y llegado el día señalado para la celebración de la ceremonia, la muchacha elegida se encamina a la iglesia del lugar llevando una rama florida de algún árbol frutal para que el cura le dé su bendición; luego de bendecida la deposita en el suelo, caminando con la gracia y la majestad de una estatua antigua.

Probablemente la tal hermosa doncella es la representación de la pagana Ceres, diosa de la agricultura.

A continuación se efectúan graciosas y pintorescas danzas, quedando con ello inaugurada la primavera, con la esperanza de que sea propicia a las próximas cosechas.

Tal es la escena que con su habilísimo lápiz ha trazado el celebrado dibujante Pellegrini, de quien tantas notas del mismo género que ésta hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; en ella vemos reproducido el momento en que la gentil muchacha avanza llevando en sus manos la rama del árbol que la primavera llenó de flores.



El remero, escultura de E. Adet. Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

Así y con el engañoso sabor de aquel cariño, regresó al puebluco Julián, llevando en el bolsillo la credencial por la que nombrábase profesor en la Normal de Madrid, y en el pensamiento y en el alma el constante recuerdo de la figurita grácil y traidoramente bella de Rosario.

Y lo que no vieron, en el continuo trato, los cegados ojos de Julián, supo vislumbrar en pocos instantes la sutil discreción y sobre todo el amoroso recelo de Antonia.

El vivir de la Corte, engañoso y loco, con sus halagos que acibaraban el alma, dejándola yerma y muerta a las ilusiones, para dar sólo cabida en ella a los afanes de lucha, de una lucha sorda y mezquina, produjo muy pronto en el espíritu de Julián su malévolu influjo.

Y de todo aquel haz de esperanzas que llevó consigo a Madrid el joven maestro, iban día por día tronchándose las espigas, para dejar el punzante desgarrón del abrojo.

Y fué la más dura y cruel de las pruebas y el más acerbo de los desengaños el leer claramente la farsa y la baja traición de su amor en los pícaros ojos de Rosario.

¡Aquel mirar tan sereno, tan claro, tan azul, era como la mentira del lago que oculta el fango bajo el irisado tornasol de sus limpias y tranquilas aguas!

Y entonces, por primera vez desde su partida, Ju-



SINFONÍA EN BLANCO N.º III, cuadro de Jacobo McNeill Whistler  
que figura en la colección de Edmundo Davis, de Londres



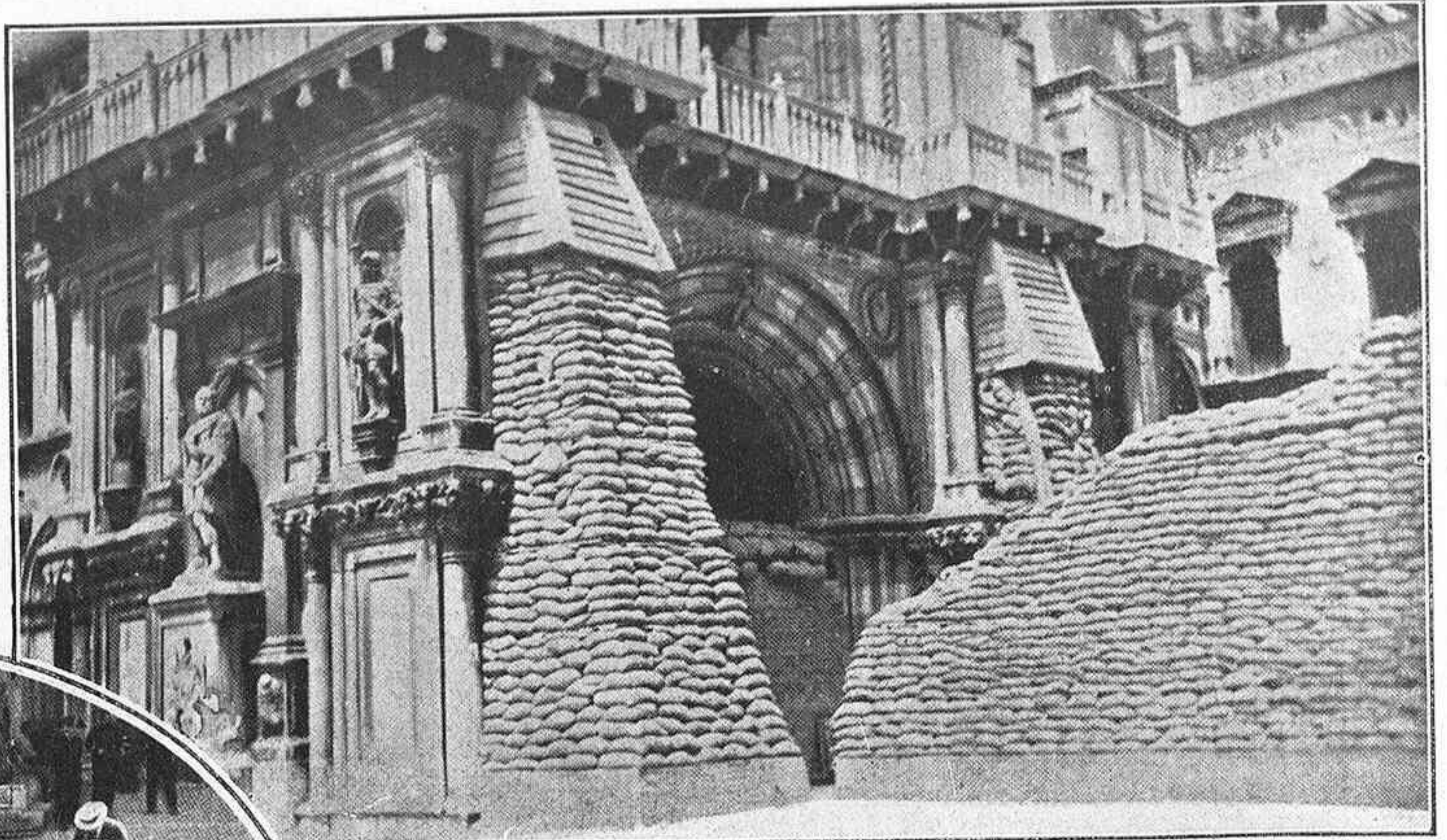
COSTUMBRES POPULARES DE LA LOMBARDÍA. EL HIMNO FLOREAL, dibujo de Riccardo Pellegrini

**VENECIA.--DEFENSA DE LOS MONUMENTOS  
CONTRA EL BOMBARDEO DE LOS AVIONES AUSTRIACOS**

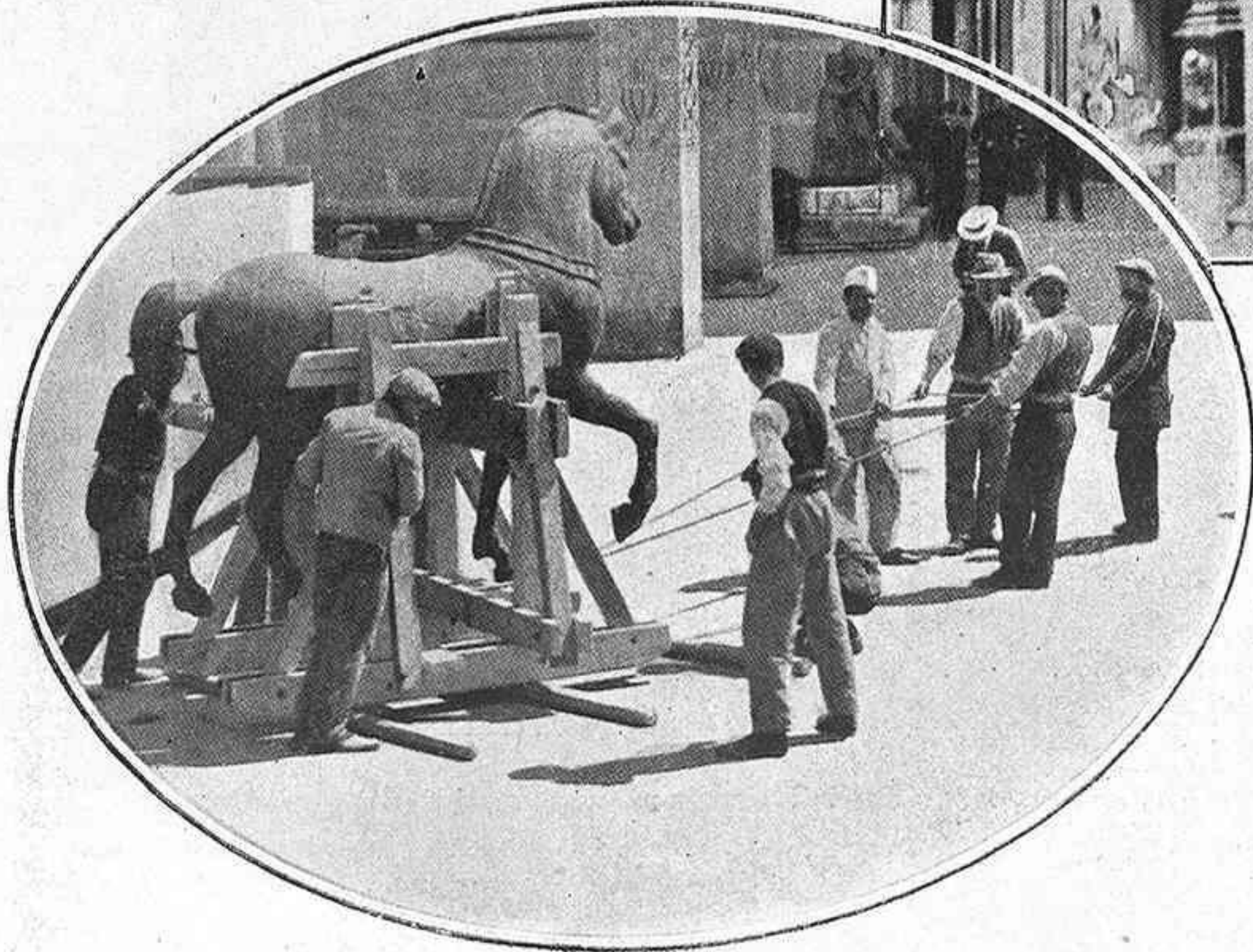
(De «L'Illustrazione Italiana».)

Apenas declarada por Italia la guerra a Austria, el gobierno italiano hubo de preocuparse en resguardar de todo peligro las inmensas riquezas artísticas que posee aquella privilegiada nación. Y uno de sus primeros cuidados fué atender a Venecia, a la ciudad sin par, por ser ésta la más próximamente amenazada, la que, por su situación, más había de temer las agresiones si no de las escuadras, de los aeroplanos enemigos; y por ser también una de las más preciadas joyas y uno de los emporios más grandes de arte y de belleza no sólo de Italia, sino del mundo entero.

La primera disposición que a este efecto adoptó el comandante militar de aquella plaza fué disponer que desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada la ciudad permaneciera a oscuras. Seguidamente se dictaron otras varias disposiciones a fin de poner a salvo los

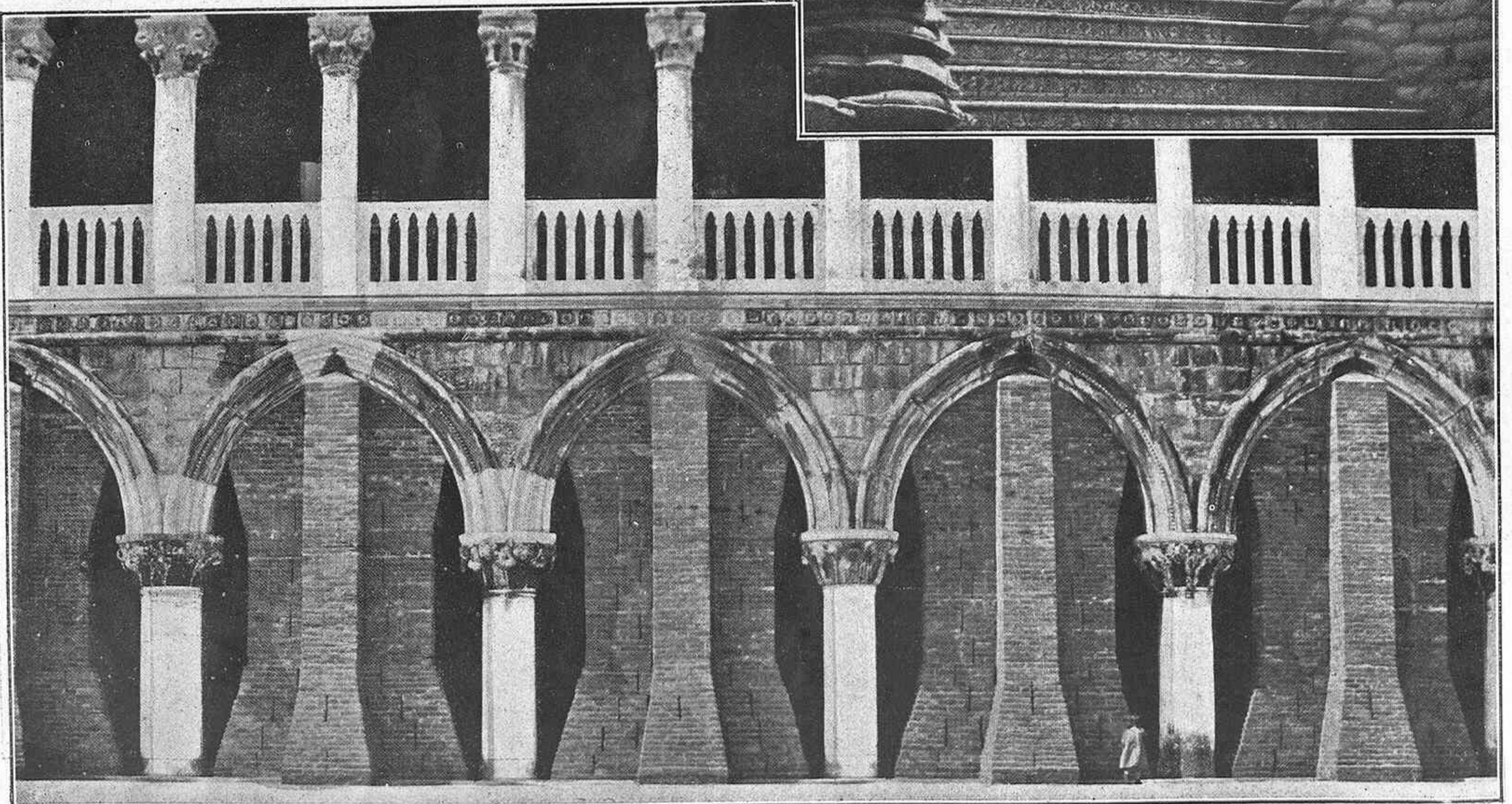
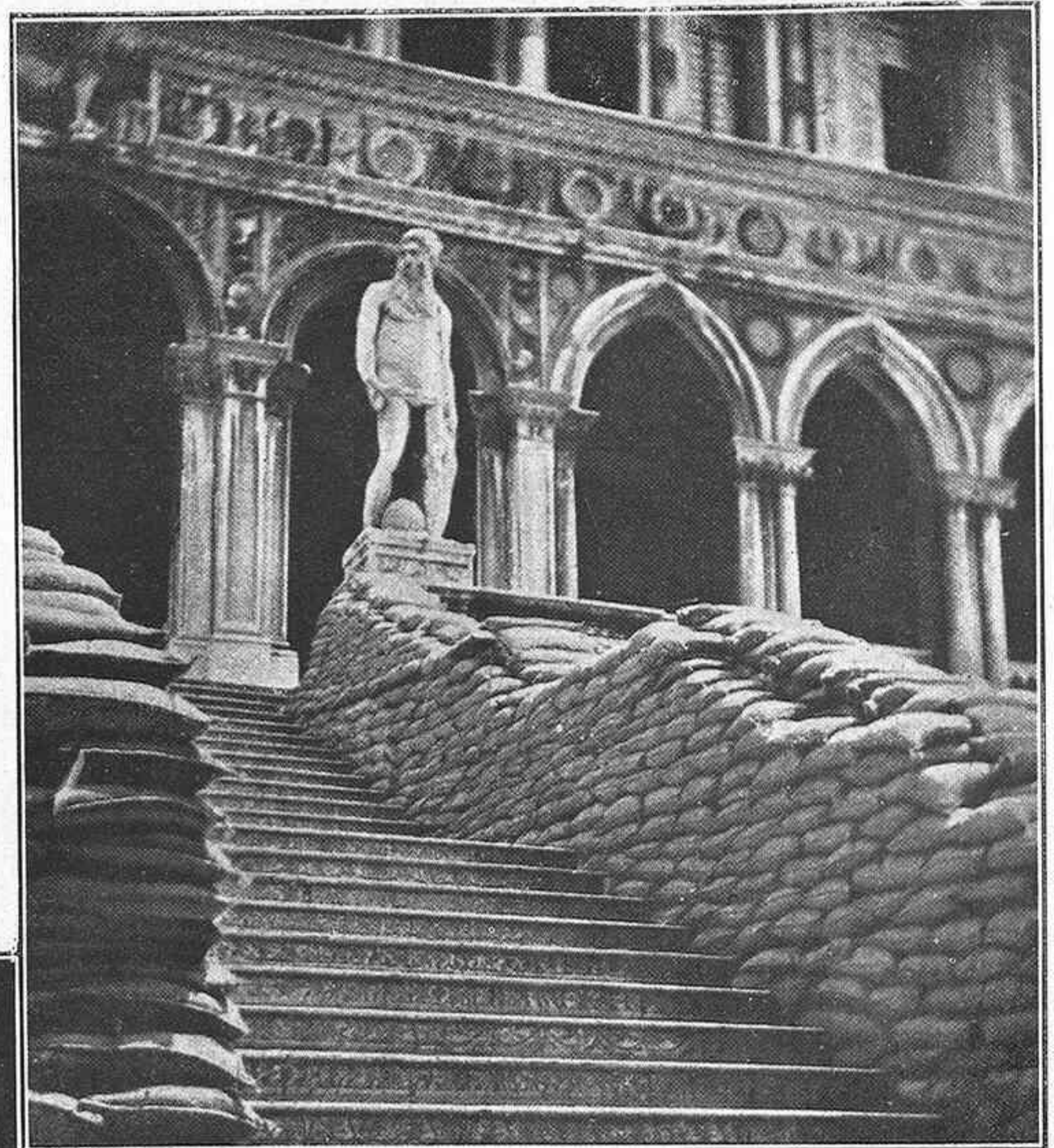


Patio del Palacio Ducal y ángulo de la escalera de los Gigantes; los arcos y las estatuas están protegidos por medio de grandes montones de sacos de arena



Traslado de los caballos de bronce que adornaban la fachada de la iglesia de San Marcos

más preciados cuadros y demás objetos de arte de valor inapreciable que contenían los museos, las iglesias y los edificios públicos, y que fueron transportados a Florencia. Al mismo tiempo se procuró hacer desaparecer o disimular todo aquello que pudiese constituir un blanco fijo para los aviones austriacos; y así se cubrieron con andamiajes algunas estatuas, se pusieron a otras envolturas grises y los cuatro caballos de bronce dorado que adornaban la fachada de San Marcos, fueron bajados de sus pedestales y trasladados a lugar seguro. En el interior de San Marcos grandes pirámides de sacos de arena sirven para proteger los pilares, los arcos, los preciosos mosaicos, las esculturas; además, las catorce estatuas que adornan el altar mayor y que representan a la Virgen, a San Marcos y a los doce apóstoles, están debidamente protegidas. La puerta en donde se encuentra el antiguo mosaico del traslado de los restos de San Marcos, desaparece también bajo un montón de sacos; y los otros cuatro mosaicos situados a derecha e izquierda del lugar en que estaban los caballos de bronce, han sido cubiertos con recias planchas. Los arcos del Palacio Ducal han sido reforzados con sólidas pilastras de ladrillo, y en el patio del mismo inmensos montones de sacos de arena protegen los arcos y las estatuas.



La escalera de los Gigantes del Palacio Ducal protegida por medio de montones de sacos de arena. -- Los arcos del Palacio Ducal reforzados por medio de sólidas pilastras de ladrillo

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de Trampus y Rol.)



Soldado ruso observando al enemigo desde su trinchera y por medio de un periscopio

*Teatro de la guerra de Occidente.* — Los belgas han rechazado un ataque dirigido contra un punto de apoyo de la orilla derecha del Iser, frente a la Casa del barquero. Los ingleses se han apoderado de algunas trincheras alemanas al Este de Pilken y Sudeste del canal de Iprés y han rechazado varios ataques de los alemanes que si bien en uno de ellos consiguieron recuperar algunas de las de primera línea, después las perdieron definitivamente. En el sector de Arrás, los franceses han rechazado ataques en la carretera de Bethune a Arrás, contra las posiciones del camino de Angres a Souchez y contra la estación de este último pueblo, y se han apoderado de algunas trincheras alemanas situadas al Norte de esta estación y aunque el enemigo, merced a vigorosos contraataques, logró recuperarlas, fueron nuevamente conquistadas. Otro ataque permitió a los alemanes ocupar el cementerio de Souchez y algunos elementos de trincheras inmediatas; pero una parte de estos elementos fué reconquistada al día siguiente. En la Champaña han rechazado un ataque en el frente de Perthes a Beausejour. Entre el Mosa y el Mosela, han rechazado ataques contra las posiciones del barranco de Souvaux y de la selva de Apremont; han reconquistado entre Pey-en-Haye y el bosque de Le Pretre parte de las trincheras perdidas algunos días antes; y han rechazado un ataque al Sudeste de Saint-Michiel, en donde los alemanes han conseguido, sin embargo, penetrar en la primera línea francesa en un frente de 700 metros. En los Vosgos han tomado todas las organizaciones defensivas alemanas desde la colina situada al Sudoeste de Fontenelle hasta la carretera de Launes-Mayer-Montier, y han rechazado ataques al Sudoeste de Ammertzweiler. En Lorena han rechazado un ataque contra las posiciones situadas cerca de Leintrey.

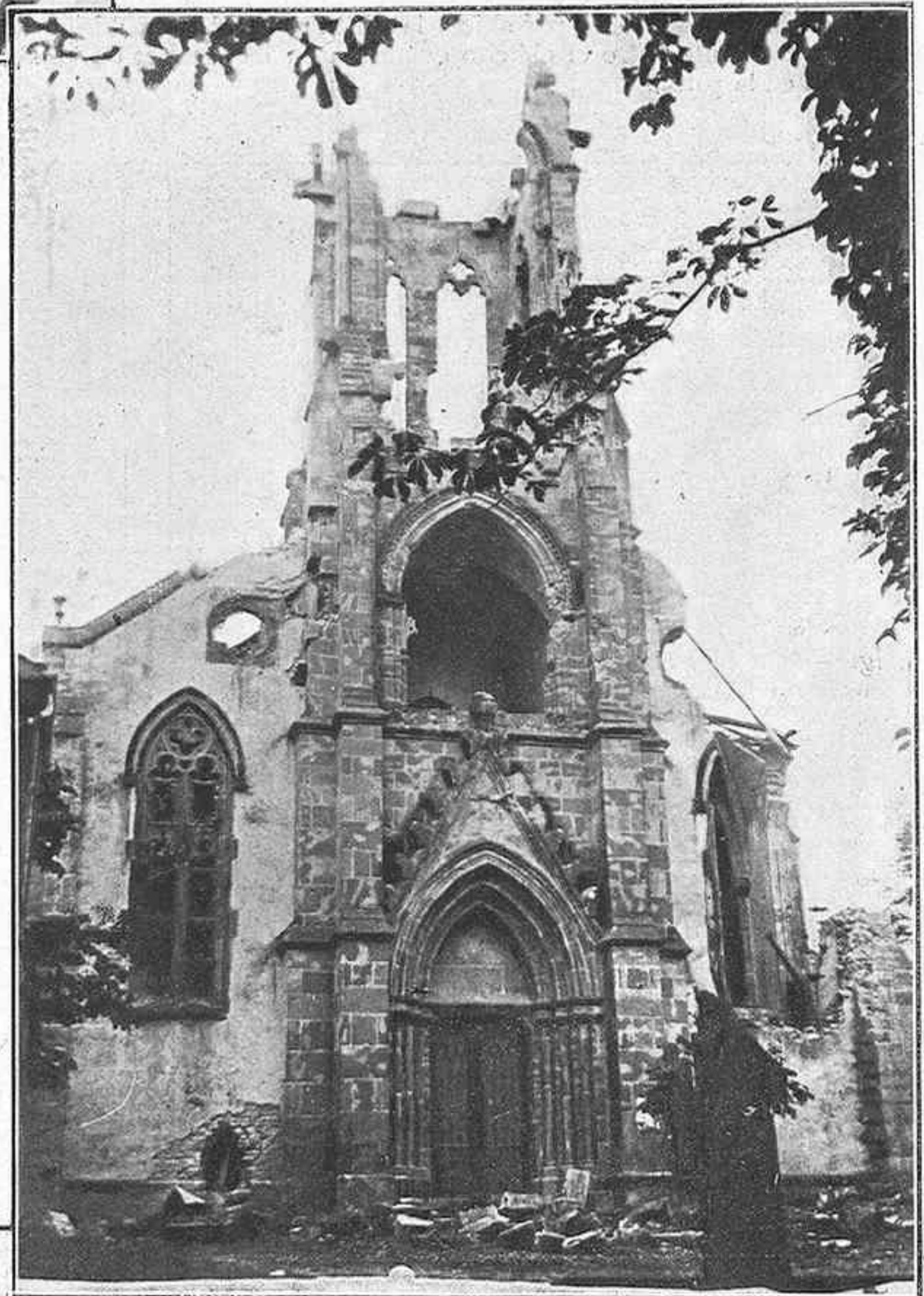
Los alemanes dicen que han rechazado un intento de los ingleses de apoderarse de las posiciones del canal al Norte de Iprés y que al Sudeste del mismo, en la vertiente Norte de la altura 60, han volado parte de las posiciones inglesas; que, en

de Souchez, en donde los franceses consiguieron ocupar momentáneamente 800 metros, progresa la ofensiva en las alturas situadas al Oeste de aquel pueblo; que en la Champaña perdieron, pero recuperaron y conservan, a pesar de violentos ataques varias trincheras que habían tomado al Norte de la granja de Beausejour; que, entre el Mosa y el Mosela, han avanzado 1.500 metros entre Ailly y Apremont, y han rechazado ataques cerca de los Eparges y en el bosque de Le Pretre; y que, en los Vosgos, han rechazado ataques contra las posiciones situadas al Este, Sudeste y Sudoeste de Munster y se han apoderado de 100 metros de trincheras en Ammertzweiler.

*Teatro de la guerra de Oriente.* — En la región de Krasnik-Lublin es en donde más se ha combatido durante estos últimos días y según parece con ventaja para los rusos, los cuales, al decir de los despachos oficiales rusos, han emprendido con gran éxito una vigorosa ofensiva obligando a los austroalemanes a pasar a la defensiva y a batirse en retirada. Noticias de Londres amplían las contenidas en los partes del cuartel general ruso, diciendo que el ejército del archiduque José Fernando ha sufrido un gran descalabro en la carretera de Krasnik a Lublin, por donde pretendía avanzar en dirección a Varsovia, habiendo perdido 15.000 hombres; si bien añaden que, a pesar de esta derrota, continúa la lucha en un frente que se extiende desde el Vístula hasta un punto situado al Este de Bystritz, pasando por Krasnik, en donde los austriacos se han mantenido firmes en dos sitios.

do cuatro kilómetros en la carretera de Krasnik a Lublin y que su retirada en algunos puntos no tiene influencia alguna en las operaciones pendientes. Aparte de esto, se atribuyen varios éxitos en otros sitios del frente: así dicen que han llegado al Zlota Lipa; que los rusos han abandonado la orilla Este del Bug; que han realizado notables progresos al Oeste del Vístula superior; que han atacado en varios puntos del frente; que han tomado algunas trincheras al Nordeste de Prasznitz; y que al Oeste del Vístula conservan todas las posiciones avanzadas rusas anteriormente conquistadas.

*Italianos y austriacos.* — En el Trentino y en la Carnia sólo ha habido combates de artillería y ligeros ataques y contraataques en los que ambos beligerantes se atribuyen la victoria; los italianos siguen bombardeando las obras de defensa de Malborghetto y del Predil. En la Carniola, dicen los italianos que la batalla sobre la meseta del Carso y las operaciones contra Goritza continúan con gran violencia y ventaja para ellos, y añaden que las recientes operaciones en aquella región han obligado al enemigo a evacuar sucesivamente sus trincheras; los austriacos, por su parte, afirman que han rechazado todos los ataques en aquel frente y en especial contra la cabeza del puente de Goritza. En la zona del Isonzo la acción de los italianos se desarrolla normalmente, según ellos; en un parte oficial de Roma se dice: «el enemigo molesta nuestro avance con una resistencia desesperada y con sus vivos contraataques, pero nunca pudo oponerse a nuestra marcha ni quitarnos un solo pie del terreno que hemos conquistado.» En otro parte, también oficial, de fecha posterior a aquél, se dice, refiriéndose a la citada zona. «Todo cuanto se ha dicho respecto de los trabajos de fortificaciones del enemigo queda muy por debajo de la realidad. Largas líneas de redes metálicas se suceden, y pozos de lodo y espesas enramadas tras de las cuales se hallan



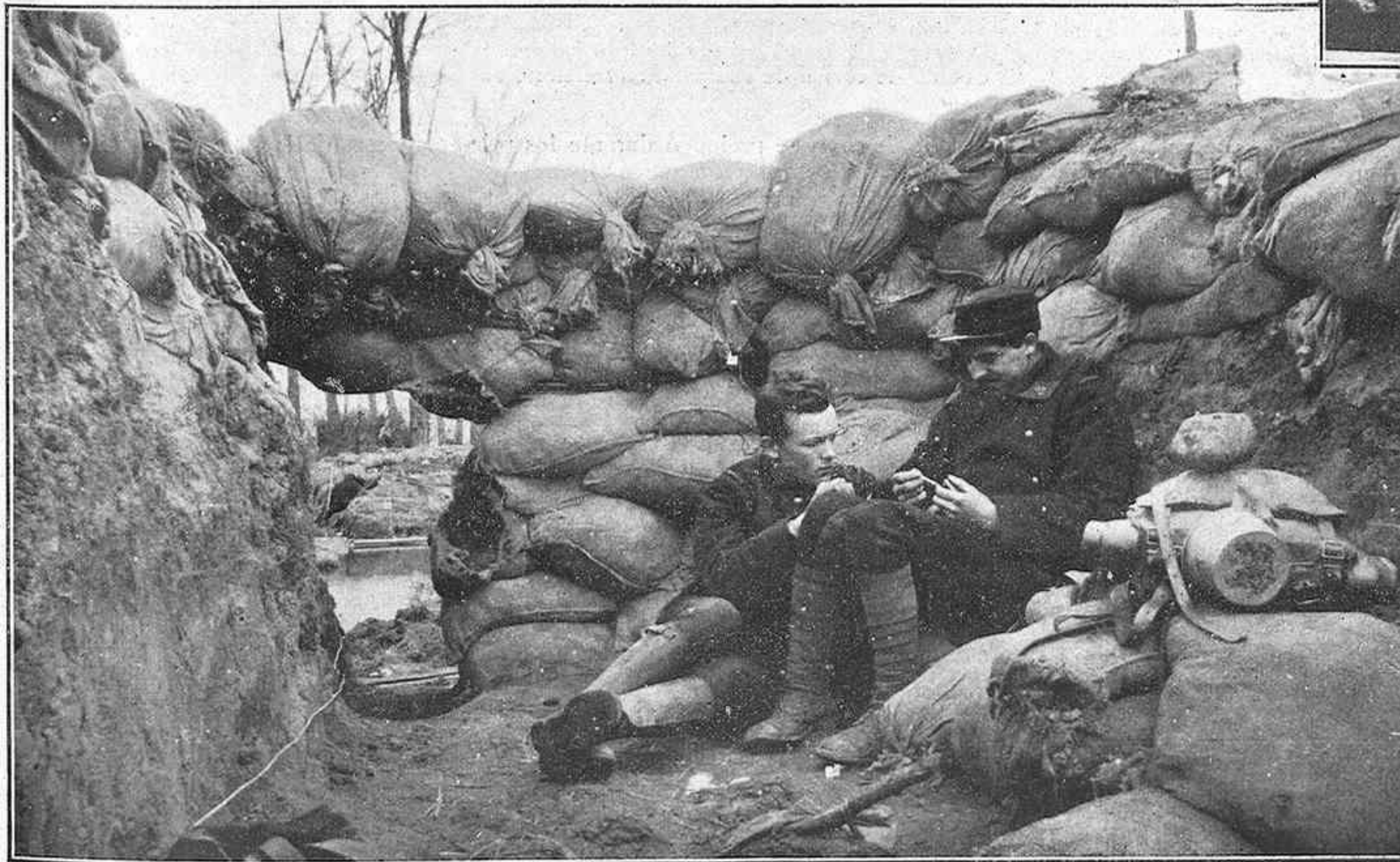
La iglesia de Gerbeviller (Meurthe y Mosela) destruída por las bombas alemanas

trincheras con varias líneas de reservas, abrigos acorazados para las ametralladoras y los cañones, y caminos cubiertos para la concentración y la defensa. A pesar de todo ello, esas posiciones formidables han podido, en varios puntos, ser desbaratadas por nuestra artillería y tomadas por nuestra infantería.»

*En los Dardanelos.* — Los aliados dicen que han rechazado un violento ataque general contra sus primeras líneas y zona de reserva; y los turco-alemanes, que han rechazado un ataque contra su ala derecha y que en Seddul-Bahr se han apoderado de dos trincheras protegidas enemigas.

*La guerra naval.* — Han sido echados a pique en el Adriático dos torpederos y el crucero italiano *Amafi*, de 10.400 toneladas, y en el canal de la Mancha, un submarino alemán.

A la segunda nota de los Estados Unidos referente al bloqueo marítimo establecido por Alemania y especialmente a la pérdida del *Lusitania*, nota en la que nos ocupamos en el número 1747 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el gobierno de Berlín ha contestado con otra en la que, después de adherirse a los deseos de aquéllos de que se apliquen los principios de humanidad en la guerra actual, insiste en sus puntos de vista sobre las circunstancias que determinaron la pérdida del citado trasatlántico y ofrece dar instrucciones a los submarinos para que dejen pasar los vapores que conduzcan pasajeros americanos, en los cuales hayan podido reconocer algunas señales especiales y cuyo paso haya sido avisado con alguna anticipación, esperando, en cambio, que el gobierno de los Estados Unidos dará garantías de que dichos vapores no llevarán ningún contrabando. Después de proponer un medio para aumentar el número de vapores destinados al transporte de ciudadanos norteamericanos a través del Atlántico, termina la nota dando las gracias al presidente Wilson por su promesa de trasladar las proposiciones alemanas a Inglaterra.



Típica trinchera belga construída a orillas del Iser, río que se divisa a través de la abertura que se ve en el fondo

el sector de Arrás, después de haber rechazado varios ataques contra la azucarera y contra las trincheras avanzadas al Oeste

Un despacho oficial de Viena califica de exageradas las anteriores noticias, diciendo que los austroalemanes han avanza-

## LA GUERRA EUROPEA. - EL SERVICIO DE CORREOS DE CAMPAÑA EN ALEMANIA. (De fotografías.)



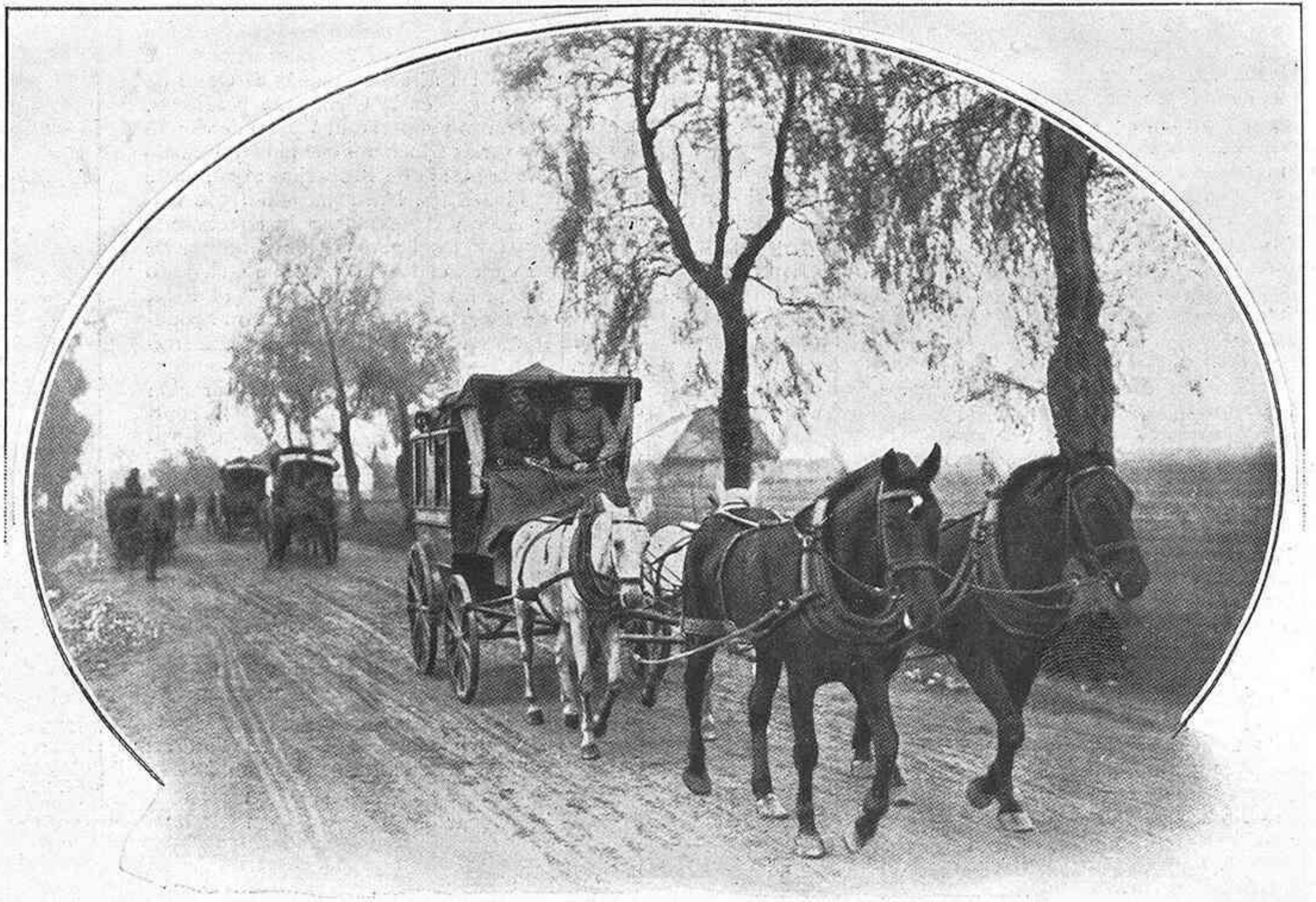
Berlín. - Sala principal de expediciones del correo de campaña, en donde se clasifican y disponen las sacas y cestas de correspondencia

El correo de campaña tiene por objeto la difícil pero honrosa misión de establecer una comunicación constante entre el ejército que lucha en los campos de batalla y las familias que permanecen en la patria.

ello quedó enteramente paralizado el tráfico postal. De la perturbación que este hecho hubo de producir en todo el Imperio podrá formarse idea con sólo tener en cuenta que en tiempos normales circulan diariamente por la red de ferrocarriles alemanes 21.000 trenes correos.



Jorge Domizlaff, director general de correos de campaña



Coches de correo de campaña en territorio enemigo

Al estallar la actual guerra y con motivo de la movilización alemana, cesó por completo el servicio ferroviario de pasajeros en Alemania y la administración de ferrocarriles puso todo su personal y todo su material a la disposición de la administración militar; como consecuencia de

Este estado de cosas se prolongó durante los primeros meses de la guerra, pues si bien circularon con los trenes militares algunos vagones especialmente destinados al correo, dióse con frecuencia el caso de que estos vagones permaneciesen en las estaciones días enteros; así por



Clasificación de las cartas para la Infantería en una oficina de campaña



Oficina de correo de campaña instalada en una granja francesa





Oficina de correo de campaña alemana instalada en la casa de correos de una población francesa. - El correo de campaña del ejército bávaro en Chamblé (Francia)

ejemplo, un tren correo especial que salió de Colonia en el mes de septiembre con correspondencia para el ejército de operaciones tardó dos semanas en llegar al frente occidental.

Por otra parte, los servicios postales en territorio enemigo ocupado por los alemanes tenían que luchar con otras dificultades hijas no sólo del estado en que se hallaban en aquéllos los ca-  
minos, sino también del grado de seguridad de las comarcas: los coches destinados a conducir la correspondencia eran frecuentemente asaltados y las estafetas, instaladas generalmente en el frente de batalla eran a menudo, y continuaban siendo, cañoneadas por la artillería o bombardeadas por los aeroplanos del adversario. Además la continuidad de los combates, y de las marchas, los cambios de sitio de las tropas, y la necesidad en muchas ocasiones de mantener secretos los lugares en donde están las diferentes unidades de los ejércitos, aumentan de una manera considerable las dificultades del servicio postal y hacen que muchas veces las cartas tarden dos semanas en llegar a manos de sus destinatarios.

Estos males se han remediado, sin embargo, en buena parte merced a la organización que en Alemania se ha dado al servicio postal de campaña. El imperio ha sido dividido en 23 circunscripciones, cada una de las cuales tiene una oficina central que se cuida de las expediciones postales de los territorios respectivos destinadas a los ejércitos de operaciones, expediciones que no bajan de ocho millones diarias. Un personal compuesto de 14.000 empleados las clasifica y distribuye en sacas, cestas y paquetes y las envía a las estafetas de campaña; tarea que no es nada fácil dado que aun actualmente, a pesar de haber transcurrido diez meses de guerra y a pesar de las recomendaciones y excitaciones de la administración, pasan de 150.000 diarias las cartas con dirección deficiente. Añádase a esto que las cartas no van dirigidas a un lugar determinado sino a las diversas unidades del ejército y que éstas son en número de 16.000 y se mueven constantemente y se comprenderán las enormes dificultades que hay que vencer, no sólo para el envío sino también para la distribución de la correspondencia.

Las oficinas postales de campaña son de dos clases, móviles y estables. Las estables son las instaladas en los caminos de etapa que desde la frontera alemana conducen a los territorios enemigos ocupados y cuidan del servicio destinado a las tropas que en cada etapa se encuentran; desde la oficina o estación terminal, hasta la que llega generalmente el ferrocarril, el correo es conducido en coches especiales a las oficinas móviles, que son las que van anejas a

cada alto mando y al gran cuartel general y cada una de las cuales está a las órdenes de un director postal del ejército.

La dirección suprema del servicio postal en campaña, para todas las cuestiones técnicas, está en la Dirección de Correos del Imperio, y en el teatro de la guerra en manos del director de correos de campaña, cargo que desempeña el exdirector superior de correos de Leipzig y consejero secreto Jorge Domizlaff. Éste tiene como auxiliares varios inspectores y un cuerpo de funcionarios. El personal afecto al servicio postal de campaña se compone de 4.900 individuos especialmente escogidos para el trabajo penoso, difícil y peligroso que les está encomendado.

El servicio postal de campaña, además de la correspondencia, cuida de los mandatos postales, es decir, del servicio de fondos que por medio del correo se envían desde Alemania a los soldados que están en el teatro de la guerra; el número de estos mandatos es de un millón y medio al mes, por término medio, y las cantidades por este medio giradas importan mensualmente de 60 a 70 millones de marcos.

En total, puede afirmarse que los envíos postales de campaña ascienden diariamente a 10 millones, que son despachados por algunos cientos de oficinas postales instaladas en campaña.

A pesar del cuidado que ponen las oficinas de expedición establecidas en Alemania para no enviar a las de campaña más que las cartas que llevan una dirección exacta, son muchos miles las que llegan con direcciones equivocadas o deficientes; son en gran número también aquellas cuyos sobres están escritos con tan mala letra, que resultan poco menos que ininteligibles.

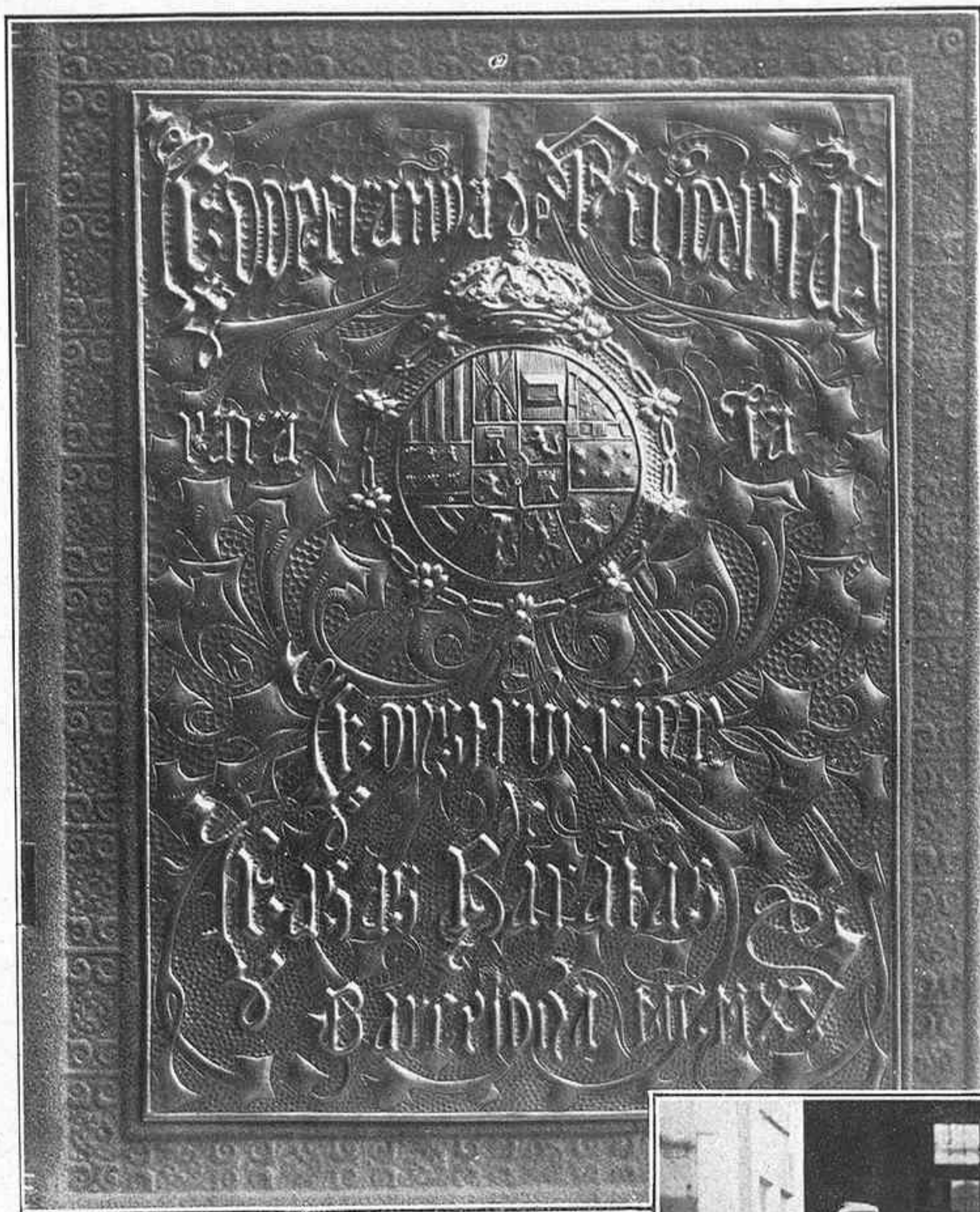
Y como las oficinas de campaña no tienen tiempo para entretenerse en descifrar tales logogrifos, la administración general ha montado en los teatros de la guerra occidental y oriental dos oficinas postales de campaña encargadas exclusivamente de revisar estas cartas y en las cuales, después de clasificadas por grupos, según las armas a que van destinadas, son examinadas una por una por funcionarios especiales que, a fuerza de ocuparse siempre en un mismo grupo, han adquirido extraordinaria habilidad, contándose por millares las cartas diarias que gracias a la labor paciente de dichos funcionarios llegan finalmente a su destino, llevando a los que luchan el consuelo y la confortación de las noticias familiares. - R.



Servicio postal de campaña realizado por medio de borriquitos en el teatro de la guerra oriental



Estación de etapa del servicio de correo de campaña en automóviles en un pueblo de la Prusia oriental. - El servicio de correo de campaña alemán en Kolomea (Galizia)



Tapa del álbum de socios protectores de la Cooperativa de Periodistas de Barcelona para la construcción de casas baratas en el que ha puesto su firma S. M. el Rey D. Alfonso XIII.



Título de primer socio protector extendido en pergamino y regalado a S. M. el Rey D. Alfonso XIII por la comisión de periodistas barceloneses. (De fotografías de J. Vidal.)



La comisión de periodistas barceloneses saliendo del Palacio Real después de haber entregado a S. M. el Rey D. Alfonso XIII el diploma de primer socio protector de la Cooperativa de Periodistas de Barcelona para la construcción de casas baratas.

MADRID

LOS PERIODISTAS BARCELONESES

Con objeto de hacer entrega a S. M. el Rey D. Alfonso XIII del título de primer socio de la Cooperativa de Periodistas para la construcción de casas baratas, ha ido recientemente a Madrid una comisión de periodistas barceloneses, formada por el vicepresidente y el secretario de la Cooperativa Sres. Pou y Gallar, y por los socios de la misma Sres. Alfonso, Sagredo, Pardo, Argilés, Angulo, Ferrer Bettini y Solá, y presidida por el señor Alfonso como periodista más antiguo de los que la componían.

La comisión fué recibida el día 13 de este mes por el monarca, quien le dispensó la más afectuosa acogida. A preguntas de S. M., el Sr. Alfonso explicó con todo detalle el funcionamiento de la Cooperativa y los medios de que dispone para llevar a cabo sus fines añadiendo que puesto que los periodistas, sin ánimo de lucro y con toda abnegación y desinterés contribuyen al encumbramiento de las personalidades en el campo de la política, nada más natural que en algunos momentos piensen en sí mismos y sumando iniciativas y fuerzas, aspiren a tener, al final de la jornada, un hogar propio en donde gozar de las dichas familiares y de la tranquilidad que la Providencia concede a quienes honrada y noblemente han cumplido con su deber.

El monarca contestó haciendo votos por la prosperidad y el engrandecimiento de la Cooperativa ensalzando los fines que persigue esta entidad y expresando una vez más el cariño que siente por Cataluña y por Barcelona, y el interés que le merece la resolución de importantes problemas que afectan a la región catalana.

El presidente de la comisión entregó a S. M. el pergamino en que consta su nombramiento de primer socio protector de la Cooperativa y le presentó el álbum de socios protectores en el que puso el monarca su firma.

Los periodistas salieron complacidos de su entrevista con S. M.

ROSARIO D'ORY

En el Teatro del Bosque de esta ciudad ha dado una serie de funciones la notabilísima tiple Rosario D'Ory, quien, después de haber cosechado muchos aplausos en Madrid, San Sebastián, Valencia, Zaragoza y otras capitales, ha obtenido de nuestro público ovaciones tan grandes como merecidas. Joven, casi niña todavía, Rosario D'Ory une a su belleza y a su elegante y graciosa figura un temperamento verdaderamente artístico que le permite identificar-

cando con seguridad las notas más agudas y ejecutando con absoluta limpieza los trinos, gorjeos, arpegios, escalas y fermatas más difíciles.



La notable tiple Rosario D'Ory, que recientemente ha cantado con brillante éxito en el Teatro del Bosque de esta ciudad. (De fotografía de Amadeo.)

Rosario D'Ory está llamada, sin duda, a ocupar un puesto culminante en el mundo lírico.



La guerra europea. - Oficial de artillería italiano dando órdenes a una batería por medio del megáfono. (De fotografía de Carlos Trampus.)

## MI TÍO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD

## I

Mi tío Florencio Garaudel se dedica, desde hace veinticinco años, al comercio de drogas al por mayor en Villotte.

Desde tiempo inmemorial, los Garaudel han sido droguistas de padres a hijos.

Después de la muerte de mi abuelo Víctor, Florencio, ya iniciado en los negocios en calidad de hijo mayor, vino a ser naturalmente, único dueño de la casa «Garaudel e hijos».

Florencio es mi padrino, y más tarde, cuando tuve



Llamaba a la puerta de los burgueses encopetados...

la desgracia de perder a mi madre Sidonia, viuda del comandante Silmont, el tío fué nombrado mi tutor.

Como mi escasa fortuna consistía únicamente en una inscripción de tres mil francos de renta, esta tutela le dió poco que hacer y pudo entregarse en cuerpo y alma al ejercicio de un comercio que le reportaba grandes beneficios.

En aquella época, los farmacéuticos no se limitaban, como hoy, a vender especialidades; manipulaban ellos mismos sus remedios; y los médicos, fieles a las viejas tradiciones, redactaban recetas complicadas, cuya preparación regocijaba a boticarios y droguistas.

Era el buen tiempo.

La casa Garaudel tenía la clientela de casi todas las farmacias del Barrois y se enriquecía rápidamente.

El tío Florencio es hoy uno de los comerciantes notables de Villotte.

Raya en los cuarenta, pero nadie lo diría.

Seco de piernas, anchó de espaldas, de buen color, con el cabello castaño apenas sembrado de canas, anda ligero como un gato de pocas carnes y goza de una salud robusta.

Bajo unas cejas hirsutas, sus ojos de un azul obscuro brillan a veces con fulgores fosforescentes, de manera que la expresión de esa mirada reluciente, unida a la prominencia de una larga nariz de alas móviles, podría hacer creer que mi tío es de compleción amorosa.

Sería un error.

El eterno femenino le inquieta poco; ha permanecido soltero, y, bien sea por huraña o porque su pasión por los negocios y su afán de ganar dinero le sirvan de derivativos, Florencio se muestra muy casto, casi pudibundo; hasta el presente no se le puede reprochar ninguna calaverada.

Es económico y desata difícilmente los cordones de su bolso.

Aunque posee una considerable fortuna evaluada en unos cuarenta mil francos de renta, vive sobriamente, mezquinamente casi, en la morada paterna de la calle del Calvario, un caserón pintado de amarillo, de pesada arquitectura y triste aspecto.

Tiene por toda servidumbre una especie de *factótum*, que acumula las funciones de jardinero y de mozo de laboratorio, un escribiente y un ama de edad canónica.

Las oficinas y los almacenes ocupan toda la planta baja, de la cual se desprenden olores farmacéuticos, que impregnan los pasillos y suben hasta el primer piso.

El patio, cuyas paredes se hallan tapizadas de aristoloquias, comunica a nivel con cobertizos abarrotados de primeras materias: cajas de añil y de palo tintóreo, barriles de caparrosa, latas de petróleo y de esencias diversas, que pesados camiones traen o llevan por un ancho pasaje abovedado que da a la calle.

Una empalizada por la cual trepan varias parras separa este ruidoso patio de un jardín silencioso que se extiende hasta el río.

El cercado abunda en árboles frutales y en flores, y sirve de campo de experiencias al tío Florencio, que se precia de tener serios conocimientos de arboricultura y botánica.

Utiliza sus ocios anotando en papeletas de cartón el resultado de sus observaciones.

De algunos años a esta parte, Florencio padece un prurito literario crónico.

Empezó hace tiempo un opúsculo, que puso en limpio con la mejor letra que supo perfilar en papel de marca mayor, y se consumía de ganas de ver impreso aquel ensayo sobre «la poda del manzano y del peral en forma de huso».

Mas como se desprendía difícilmente de su dinero, esperaba encontrar un editor que se encargara gratuitamente de la publicación.

Fluctuando entre su parsimonia y su vanidad de autor, imaginó un procedimiento ingenioso para dar a luz su manuscrito a poca costa.

Era miembro de la Sociedad arqueológica y hortícola de Villotte, y aprovechó una sesión solemne para leer su ensayo a sus colegas.

Su facundia y su aplomo de notable comerciante se impusieron a la Sociedad, que no se atrevió a negar su aprobación, y votó la impresión del manuscrito a sus expensas.

Un día el folleto salió húmedo de la máquina del impresor de la Prefectura, y se obsequió al autor con una tirada de cincuenta ejemplares numerados, ostentando sobre una cubierta gris perla este título llamativo:

TRATADO DE LA PODA DEL PERAL  
Y  
DEL MANZANO EN FORMA DE HUSO

POR  
FLORENCIO GARAUDEL

*Oficial de Academia, miembro de la Sociedad hortícola de Villotte*

A partir de este memorable acontecimiento, mi tío resplandeció de orgullo.

En ciertos días feriados, se le vió circular altivamente por las calles de la ciudad, llevando debajo del brazo un paquete de preciosos opúsculos.

Llamaba a la puerta de los burgueses encopetados, en cuya mesa había comido, y les ofrecía ceremoniosamente su folleto adornado con una lisonjera dedicatoria.

Era su manera de devolver las comidas a que le habían convidado.

No he olvidado la fecha de esta publicación porque fué entre nosotros el motivo de una reconciliación amistosa, pues nuestras relaciones se habían enfriado desde mi mayor edad, como van ustedes a ver.

Poco tiempo después de haberme rendido fielmente sus cuentas de tutoría, mi tío me habló de elegir una carrera, demostrándome que encontraría allanado el terreno si quería entrar en su casa, como auxiliar desde luego, y más tarde como socio.

Esta risueña perspectiva no me gustó.

Yo era aficionado a las letras; hasta había publicado, bajo un seudónimo, algunos artículos de fantasía en un periódico local, y me proponía ir a aprender seriamente mi profesión en París.

Decliné pues respetuosamente las proposiciones del droguero, y le confesé sin ambages que mis aficiones me impelían en una dirección muy diferente, pues quería dedicarme a la literatura.

Al oír esto, Florencio puso el grito en el cielo:

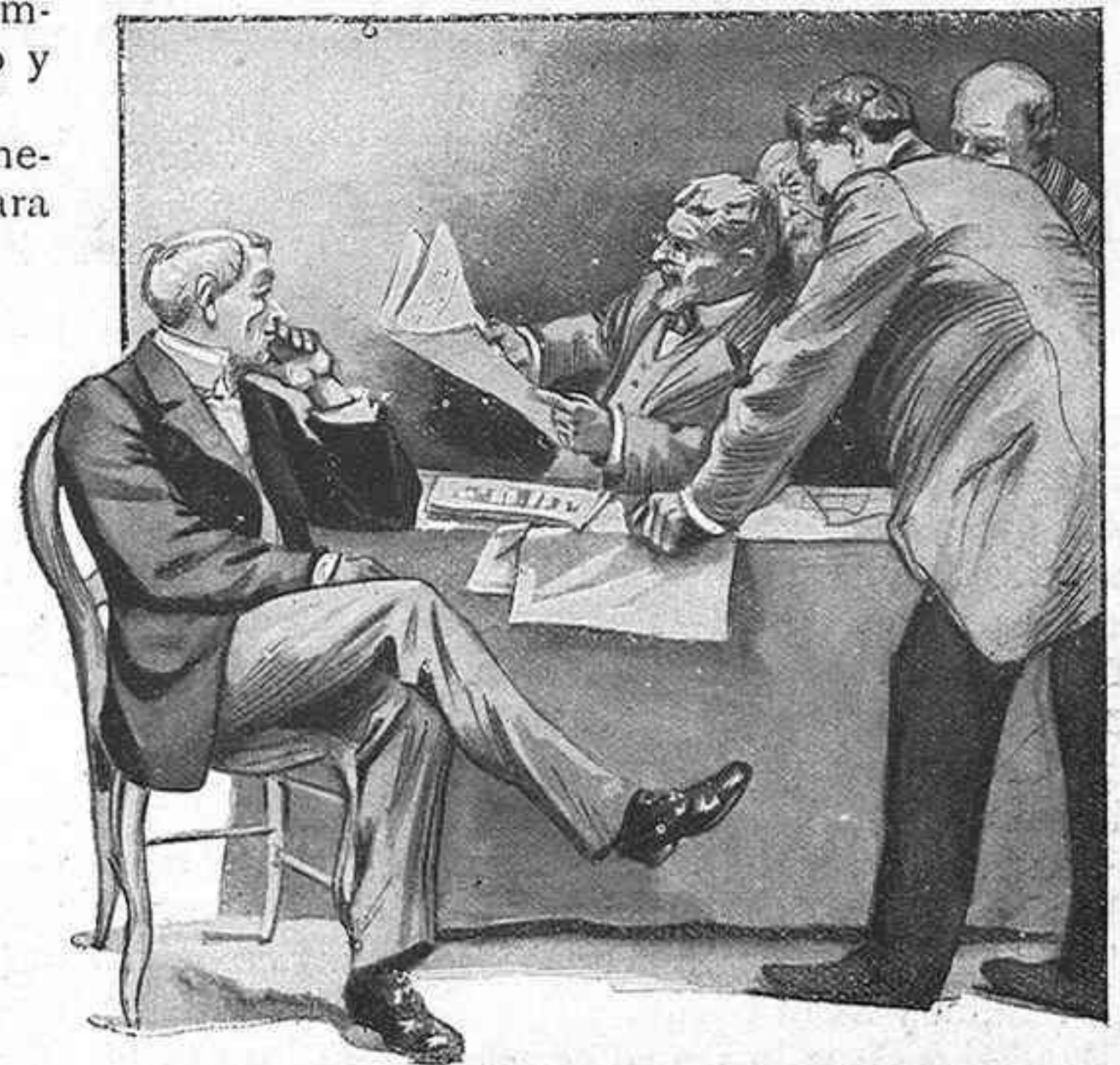
— ¿Autor?.. ¿Periodista, sin duda?.. exclamó; es un oficio de saltimbanquis y de hambrientos. Comprendo, en rigor, que uno consagre a entretenimientos de ingenio sus horas de ocio, como me ha sucedido a veces... Pero hacer de la literatura su única profesión, es pura insensatez...

— Es posible que yo esté loco, repliqué, pero quiero seguir mi locura.

Después de haber cambiado algunas frases bastante agrias, nos separamos casi reñidos, y yo me marché a París.

Mis años de aprendizaje fueron penosos. Sin embargo, como yo tenía ardientes deseos de lograr mi propósito, trabajé de firme, sin desalentarme.

Durante mis infantiles vagancias por el jardín de mi tío Florencio, había observado con frecuencia el manejo de esas arañas de otoño que llevan en la superficie del abdomen una cruz emblemática. Si una ráfaga de viento o un aletazo rompía su tela, esas perseverantes hilanderas no se cansaban nunca de remendar o rehacer de nuevo la rosácea de hilo gris. Su paciente e incesante labor fué para mí una lección de constancia.



Un cuento publicado por una revista en boga...

Yo había descontado de antemano las decepciones del oficio: sofiones de los editores, aplazamientos quiméricos de los empresarios de teatro o de los directores de periódico.

En ninguno de mis fracasos di la culpa a la injusticia social ni al mal gusto de la época. Reanudaba filosóficamente mi trabajo y, a ejemplo de la araña, me resignaba a urdir una nueva tela.

Así pasé cuatro años en perpetuas repeticiones.

Poco a poco, el horizonte se aclaró, la fortuna se dignó sonreírme.

Un cuento publicado por una revista en boga y una pieza en un acto representada con éxito en un teatro del bulevar, pusieron bruscamente en cabeza el nombre de «Miguel Silmont», y de pronto asistí a dos espectáculos enteramente desconocidos para mí hasta entonces, dos espectáculos que, al decir de Vauvenargues, son más gratos «que los resplandores de la aurora»: a las visitas interesadas de los editores y las amables sonrisas de su cajero.

Mis libros se vendían, mi notoriedad aumentaba y mi situación financiera mejoraba a proporción.

Sin ser todavía un gran capitalista, podía yo gozar de más independencia, procurarme un poco de bienestar, y había cambiado mi cuarto de último piso de la calle de Saint-Jacques, por un piso más confortable de la calle de Médicis.

Mi tío, que leía los periódicos en su círculo, no podía ignorar mucho tiempo mis éxitos.

Desde luego le desconcertaron. Le molestaba el mentís que mi triunfo infligía a sus pesimistas predicciones.

Pero, por otra parte, sentía halagada su vanidad. Se complacía en aturdir a sus colegas de la Sociedad hortícola hablando de la «suerte de su sobrino».

Quizá pensaba también que yo podría elogiar su folleto en los periódicos.

En una palabra, estos motivos más o menos egoístas le hicieron reconocer su falta.

Me ofreció su *Tratado de la poda del manzano*; le envié a mi vez mi último libro y me contestó con una carta indulgente en que los consejos se mezclaban con las felicitaciones prudentemente dosificadas...

Actualmente, la reconciliación es perfecta y no lo siento. Florencio es mi único pariente; su humor singular y sus ocurrencias extravagantes tienen un sabor de terruño que evoca para mí lejanos recuerdos. Su cándido egoísmo, su vanagloria pueril y su acento local me divierten.

Nos vemos con gusto de vez en cuando. Me trae consigo un poco del olor y de la atmósfera de esa provincia natal a la cual, de grado o por fuerza, se siente uno ligado por mil lazos mínimos.

Cuando voy a nuestro país, el hombre exige que yo me aloje en su casa, donde recibo una hospitalidad más ostentosa que confortable.

En cambio, cuando sus asuntos lo llaman a París, Florencio Garaudel me hace el honor de considerar mi morada como la suya y de instalarse familiarmente en ella con toda comodidad.

Desde entonces, sus viajes se renuevan con más frecuencia de la que yo quisiera.

Pero mi tío Florencio parece hallar tanto gusto en explayarse en un hogar más lujoso que el suyo; tiene una manera tan ingenua de instalarse en él como en su casa, que yo me resigno a soportar sus manías y su absorbente personalidad, pensando que su permanencia será breve y que yo debo este sacrificio al espíritu de familia...

Si he de ser franco, quizá no son éstos los únicos motivos que me inclinan a una amable longanidad.

Cuando me escruto minuciosamente y penetro en el fondo de mí mismo, descubro un móvil menos desinteresado de que me avergüenzo y que procuro disimular hipócritamente.

Confieso que no puedo menos de pensar a veces que mi tío Florencio posee cuarenta mil francos de renta, que yo soy su heredero más próximo y que sería verdaderamente muy sensible que esa fortuna fuese a parar a un colateral ignorado, a una criada íntima o a un establecimiento de beneficencia... Y esta consideración, tristemente prosaica, pero de gran fuerza, me ayuda a mostrarme paciente y liberal como huésped.

Una tarde de aquel verano, acababa yo de comer solitariamente y fumaba en mi balcón mientras el sol se ponía en una gloria rojiza hacia las colonias de Mendon y Saint Cloud.

Bandadas de palomas se cernían sobre los castaños ya amarillentos del Luxemburgo.

Resonaban en el aire los gritos de los vencejos, que describían grandes círculos en el espacio luminoso comprendido entre las techumbres del Palacio y las torres de San Sulpicio.

Por la parte del bulevar de San Miguel, los ómnibus rodaban pesadamente, y yo oía, en los paseos de los jardines, crujir la arena bajo los pies de los transeúntes.

Era a fines de julio; París empezaba a quedar desierto.

Preso yo también de un vivo deseo de vagabundear, me preguntaba dónde podría pasar las vacaciones: ¿en las costas de Bretaña o al pie de los Alpes?

Dando rienda suelta a mi imaginación, ya me veía dando paseos por umbrosos bosques, deteniéndome al borde de algún lago tranquilo y azul, gozando de una deliciosa libertad en la contemplación de la naturaleza.

Mientras tanto, el crepúsculo caía, se encendían los faroles del alumbrado público y las luces de las viviendas, zumbaba un redoble de tambores en el fondo de las alamedas, y retumbantes voces gritaban en el jardín:

— ¡Se va a cerrar!..

De pronto llaman a mi casa; momentos después oigo el ruido de un coloquio bastante animado en mi antesala, y se me figura oír también descargar maletas en el suelo.

Se abre la puerta de mi despacho como empujada por una ráfaga de viento, y distingo a los últimos resplandores del sol poniente una alta silueta gesticulante.

— ¡Buenas tardes, muchacho! ¡Soy yo!, exclama el visitante.

Inmediatamente reconozco aquella voz de sochantre.

— ¡Cómo!.. ¡Mi tío!.. ¡Eres tú!..

Es, en efecto, mi tío Florencio, que llega de ronda. Pone una maletita de mano sobre mi mesa y me tiende los brazos.

— Sí, añade después de un solemne abrazo, sí, Mi-



Pone una maletita sobre mi mesa

guel... He querido darte una sorpresa. Desde luego, te diré que estoy muerto de hambre y sed... ¿Tienes de qué cenar?

A mi llamada de timbre, la cocinera azorada entró con el quinqué. La interrogo sobre el estado de su despensa... No queda nada, pero hay en la esquina una pastelería-restaurán. Doy mis instrucciones para que encargue una cena compuesta de fiambres y prepare el cuarto de forasteros.

Un cuarto de hora después, se pone el cubierto sobre una mesita redonda. El pastelero ha enviado un consomé, un pollo, sandwiches y fruta.

Cubierto aun de polvo, Florencio se sienta a la mesa, come y bebe en abundancia, y cuando las dos pechugas del pollo y los emparedados de *foie gras* han desaparecido, se zampa media docena de ciruelas claudias y dice, con la boca llena:

— ¡Ajá!.. Ya me siento mejor. ¿No esperabas mi visita, eh?

Lo confieso y añado que dejando de prevenirme, se exponía a no encontrarme en casa, ni en París, pues medito una escapada a la orilla del mar o a la montaña.

— Me alegro de ver que eres aficionado a los viajes, murmura Florencio... Esto prueba que tus negocios van bien, puesto que puedes permitirte distracciones costosas... ¿La literatura sigue dándote buen resultado?

— No estoy descontento.

— ¡Bravo! ¡Mejor que mejor!.. Con tal de que duere, suspira mi hombre.

Apura el último vaso de vino, se enjuga los labios con su servilleta y, tirándola sobre la mesa, va a su maletita, la abre y saca de ella con precaución un folleto.

— ¡Primera sorpresa!, insinúa misteriosamente... He trabajado desde nuestra última reunión... y he dado a luz un segundo opúsculo...

Me enseña el folleto, en cuya cubierta amarilla salta a la vista el título, que él lee escindiendo las palabras:

«Monografía de la *aspérula odorante*, con una disertación sobre el uso del *vino de mayo* entre los antiguos germanos.»

Y añadió:

— Conoces esa planta de flores blancas, llamada vulgarmente *Reina de los Bosques*. Los alemanes la ponen en infusión en vino blanco y fabrican con ello una bebida que llaman *Vino de mayo*... He procedido a laboriosas investigaciones sobre esa antigua costumbre, y pruebo perentoriamente que ese «vino de mayo» era el licor que Odino daba a beber a sus guerreros en el Walhalla. ¡Caramba!, gime interrumpiéndose, se me han hinchado los pies y sufro un tormento atroz... ¿Podrías prestarme unas zapatillas?

Llamo. Nueva aparición de la cocinera que ayuda a Florencio a quitarse el calzado, y le trae unas sandalias.

Así aliviado, mi tío se instala en un sillón, extien-

de las piernas, suspira ruidosamente y hojea su folleto:

— ¡Ajá!, así me encuentro del todo bien, declara Florencio. Ahora, abre el oído y escucha.

Con su voz de sochantre, Garaudel empieza a leer la monografía de la *aspérula odorante*, mientras que yo, cortés y discretamente me pellizco para no dormirme al ronrón de su lectura monótona.

## II

Hace cuatro días que el tío Florencio es mi huésped, y las horas, sobre todo las de noche, me parecen singularmente pesadas.

Ignoro si Florencio Garaudel se ha propuesto presentarse a los ojos de los parisienses como el tipo del provincial fanfarrón y pomposo, pero realmente abusa demasiado de su calidad de tío rico para mortificarme con sus excentricidades incongruentes.

En casa, no se mueve de mi despacho; se sirve con el mayor desenfado de mis utensilios de tocador y me fastidia sin piedad contándome al detalle sus éxitos en la Sociedad hortícola de Villotte.

Pero esto es nada comparado con la pesadez de los paseos por la ciudad.

Aunque sólo ha venido a París cinco o seis veces en veinte años, mi tío Florencio se jacta de conocerlo y explicarlo todo.

Su espíritu estrambótico está lleno de extrañas contradicciones: al desdén hostil que ciertos rurales profesan por la capital, mi hombre une la pretensión de no tener aires de provinciano.

Quiere que lo tomen por un parisiense de raza y, cuando sale solo, antes se cortaría la lengua que preguntarle su camino.

En cambio, la indiferencia pública le es insoponible; la considera él como una falta de consideración y un desconocimiento de su mérito.

Así es que, cuando andamos juntos por la calle, habla en voz alta, a fin de llamar la atención de los transeúntes.

La gente se vuelve a veces, contempla un momento la gesticulación teatral de ese hombre alto y turbulento, que lleva un sombrero de médico rural y viste una larga levita pasada de moda; sonríen y prosiguen su camino.

Florencio no se desconcierta y sigue perorando. Reviste sus apreciaciones del humor denigrante, peculiar de los habitantes de las ciudades pequeñas, y se mete a criticarlo todo, tomando inevitablemente por puntos de comparación los usos y costumbres de su provincia.

A cada paso, levanta la voz y exclama con tono sentencioso y con las modulaciones lentas y cantantes del acento lorenés:

— En Villotte, no nos permitiríamos semejantes cosas... Los ediles de Villotte comprenden mejor sus deberes... En Villotte, el nivel de la moralidad pública es más elevado...

El mejor día, proclamará que el sol de Villotte es más brillante que el de París.

Yo doy al diablo este tío maniático y presuntuoso, que tengo necesidad de guiar a lo largo de los bulevares. Sin embargo procuro poner al mal tiempo buena cara y cumplir concienzudamente mis deberes hospitalarios.

Lo llevo de museo en museo durante el día, y por la noche, al teatro o a los music-halls. No se cansa nunca ni se asombra de nada, pues se muestra siempre desdeñoso y en todo encuentra algo que criticar.

Ningún restaurán, tanto de la margen derecha como de la margen izquierda del Sena, tiene la fortuna de gustarle. Sin embargo, deja que yo pague la cuenta; él se limita a revisar las cifras y a demostrarme que en Villotte nos hubieran servido la misma comida por la mitad menos.

Esto hecho, dobla la cuenta y la guarda preciosamente en su cartera, sin duda para deslumbrar a sus amigos de allá con el detalle de sus prodigalidades.

Al cabo de cinco días, no puedo más, y, a fin de procurarme un poco de descanso, pretexto una invitación a comer y me excuso de dejarlo solo por una noche.

— No te prives, me responde con amable condescendencia, me alegro de volar un poco con mis propias alas y de vagar a mi antojo... Soy bastante grande para andar solo; conozco París a fondo. Después de una visita al Louvre y algunas estaciones en las iglesias, iré a comer a la taberna.

Hasta lleva su abnegación a dejarme toda la tarde libre. Le acompaño un rato y nos separamos en el malecón.

Confieso que experimento un notable desahogo al ver el sombrero de médico rural y el levitón de mi tío desaparecer bajo una de las bóvedas de Louvre.

A pesar de las amenazas de un cielo lluvioso, he ido, solo, a respirar el aire libre a San Germán, y, aunque caía una ligera bruma, he recorrido la terraza con delicia.

Encontraba al paisaje una gracia sin igual, tanta era la satisfacción que sentía de verme libre del molesto ronrón y la continua charla del droguista.

Comí en el Pabellón de Enrique IV y no regresé a la calle de Médicis hasta las once.

Florencio Garaudel dormía a pierna suelta, me guardé muy bien de despertarlo y me acosté tranquilamente.

Sin embargo, esta mañana, presa de un vago remordimiento, voy y llamo a la puerta de mi tío. Un gruñido me contesta; entro y sorprendo a Florencio en mangas de camisa, ocupado en cepillar meticulosamente su levita. Tiene la frente nebulosa, el labio hociucado y la cara demudada:

—¿Y bien, tío?, ¿cómo pasaste la tarde y la velada?

—¡Psé!, contesta evasivamente; como se la puede pasar en tu París... no muy bien.

La frente permanece arrugada, la boca no se decide a sonreír y presumo algún lamentable percance:

—¿Comiste bien, al menos?

Creo haber puesto el dedo en la llaga, Las espesas cejas se erizan y la boca se abre en forma de buzón de correos:

—¿Que si comí bien?, exclama rabiosamente Florencio, ¡no tal!.. Fuí despellejado por unos bandidos... Y la culpa es tuya... ¿No podías tomarte la molestia de indicarme un restaurán donde no se saquee a los clientes?

Algo confuso, le interrogo hábilmente, le asedio a preguntas insidiosas, y acabo por arrancarle la confesión que tanto le costaba a su amor propio herido.

He aquí brevemente el relato de sus desventuras:

Después de haberme dejado, fué al Louvre, y como el museo se cierra a las cinco, se dejó caer luego en la iglesia de San Germán l' Auxerrois y después en la de San Roque, sitios, todos ellos, que se pueden visitar gratis.

Al salir de la segunda iglesia, notó que llovía y, como hombre cuidadoso de su ropa, se refugió bajo los pórticos del Palais Royal donde contaba comer.

Antiguamente, cuando venía a París para renovar su provisión de drogas, en la calle de los Lombardos, su corresponsal lo llevaba a casa de Tavernier, y había conservado un buen recuerdo de este restaurán a precio fijo.

A cosa de las seis, sintiéndose con el apetito abierto, se fué en busca del restaurán de su juventud. Pero en vano inspeccionó todos los pórticos; no pudo dar con la casa Tavernier.

Pensó que su memoria le engañaba tal vez y, con su manía tonta de no pedir nunca informes, cruzó un pasaje y continuó sus pesquisas en la calle Vivienne, donde no vió la menor muestra de restaurán a precio fijo.

Llovía, y su sombrero se empapaba de humedad. Apresurando el paso, sudando, desembocó en el bulevar y se obstinó en buscar un buen restaurán barato.

Bien vió cafés resplandecientes de luz, en que había mesas servidas, pero les temía como al fuego, pues había oído decir que en ellos se desollaba villanamente a los fosasteros.

Mientras tanto atardecía, continuaba lloviendo y el estómago de Florencio pedía de comer.

Sus piernas se cansaban de llevarlo y, por otra parte, el temor de echar a perder su sombrero y su levita le atormentaba el corazón...

En este momento se ha parado delante de un gran establecimiento lujosamente iluminado, que él ha tomado por un Bonillon Duval.

Los manteles son de una blancura tentadora; un apetitoso olor de cocina le sube a las narices por los respiradores de los sótanos.

Aturdido, cegado por la lluvia, ha empujado la puerta y se ha metido como un desesperado en el café Riche.

Helo instalado sobre un blando asiento y los mozos se disponen afanosamente a servirlo; un maestra-sala majestuoso le presenta la lista del día:

—¿El señor desea el *potage bisque* o el *consommé à la reine*?.. Como entrante, me permitiré recomendarle el lenguado a la veneciana.

—¡Bueno!, balbucea Garaudel rendido de cansancio y hambriento; sírvame usted su *consommé* y su lenguado.

Aparece el sumiller y farfulla:

—¿Qué vino acostumbra usted a tomar, caballero? ¿Burdeos o Borgoña?

—Borgoña, replica Florencio impacientado.

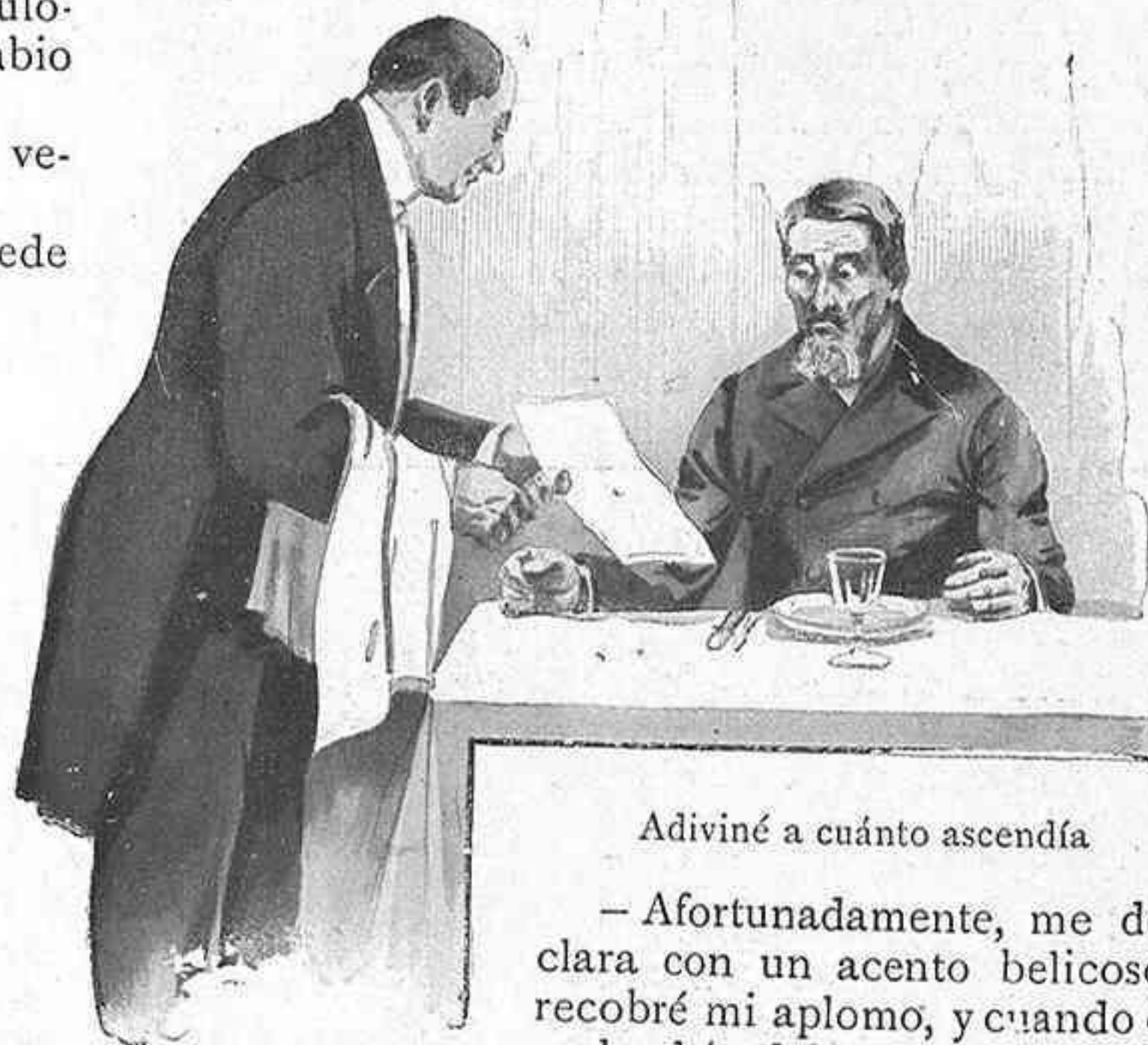
—¿Pomard, Chambertín, Cortón?..

—Cualquiera.

Después de haber tomado la sopa, comido el lenguado y bebido un vaso de vino, Florencio Garaudel, más tranquilo y más lúcido, se siente nuevamente asaltado por sus prudentes aprensiones de hombre parsimonioso.

Mira en torno suyo, nota el lujo del servicio, el aire adinerado de los comensales, la indumentaria de los mozos, y comprende que no se encuentra seguramente en un restaurán a precio fijo.

Una viva inquietud le corta el apetito y tiembla por su bolsillo...



Adiviné a cuánto ascendía

—Afortunadamente, me declara con un acento belicoso, recobré mi aplomo, y cuando el malandrín del mozo volvió a la carga, le cerré la boca pidiendo

postres. Me trajo una cesta de melocotones, escogí uno al azar, y me lo comí en dos bocados... Deseaba salir cuanto antes de aquella caverna y pedí la cuenta... Adiviné a cuánto ascendía... ¡A veinticinco francos! Tal como lo oyes, sobrino... El vino solo costaba diez francos... ¡Un robo manifiesto! Salí furioso. En la calle, aun llovía y tuve que tomar un coche... Aquí tienes mi velada, termina con acritud, y aquí tienes las calamidades a que me expuso tu negligencia!..

Adiviné que lo que más sentía era que le hubieran cobrado veinticinco francos por su parca comida y me ingení en consolarlo.

—No pensemos más en eso, tío; esta noche nos desquitaremos y te llevaré a una taberna inglesa que... ¡ya verás!

—¡Nunca!.. Ya estoy harto de París... ¡Voy a preparar mi maleta y en marcha!..

Confieso que el anuncio de esta brusca partida suena agradablemente en mis oídos. Veo sin el menor pesar a Florencio Garaudel arrastrar un baúl hasta el medio del cuarto y disponerse a meter en él sus bártulos... Sin embargo, me creo en el deber de desempeñar el papel de buen apóstol y protesto hipócritamente:

—¡Cómo!, ¡tío Florencio! ¿Ya quieres volverte a Villotte?

Su cabeza, metida en el baúl, se levanta con vivacidad:

—¿A Villotte?.. No... Tengo otros proyectos... A propósito... aun no te he dicho nada de eso... Es precisamente la gran sorpresa que te reservaba para el final... Has de saber, desde luego, que he vendido mi casa de comercio...

—¡Cómo!, exclamé, algo sorprendido, en efecto; ¿te has decidido a abandonar tu antigua morada de la calle del Calvario?

—No, me he reservado el primer piso. Únicamente he alquilado los bajos a mi sucesor... Un joven que ofrece sólidas garantías, a quien he cedido a buen precio almacenes y mercancías. Ahora estoy libre como el aire.

—Me alegro muchísimo de que hayas hecho una operación ventajosa... Pero, después de haber llevado tantos años una vida activa, ¿no temes aburrirte cuando ya no tengas que ocuparte de tus negocios?

—¿Aburrirme? ¡Jamás! Dedicaré mis ocios a continuar mis estudios... y, además, viajaré.

—¡Ah!

—Sí, ya sabes que he tenido siempre una aptitud especial para las ciencias naturales, y principalmente para la botánica. Manejando, en mi laboratorio, las plantas medicinales que crecen en las grandes alturas, como el *árnica montana*, por ejemplo, siempre deseé conocerlas, no en estado de esqueletos disecados, sino en su frescura y su pleno desarrollo. Aquel deseo vino convirtiéndose poco a poco en

idea fija. Durante las noches, me veía en sueños escalando montañas y cogiendo yo mismo, en la proximidad de las nieves perpetuas, las plantas floridas cuyas benéficas propiedades vendía yo a mis clientes. Así es que me prometía, para cuando me hubiese retirado del negocio, consagrar mi tiempo a fructuosas herborizaciones. Aquí me tienes, libre y dispuesto, gracias a Dios, y cuento contigo para ayudarme a realizar mi sueño.

—¿Conmigo?.. ¡Ay! ¿En qué puedo yo serle útil?.. No sé una palabra de botánica.

—Sí, eres profano en la materia, convengo en ello... Pero no me gusta viajar solo y tú serás mi compañero de ruta.

A estas palabras, sentí correr un escalofrío por mi epidermis.

—Lo siento en el alma, mi querido tío, repliqué con energía, pero me es imposible acompañarte.

—¿Y por qué?, replica frunciendo el ceño; ¿quién te lo impide? ¿No me dijiste, el otro día, que meditabas una excursión a la montaña?

—Es verdad, pero si tengo el propósito de salir de París, es para ir a trabajar tranquilamente en algún punto retirado del campo, y no para correr de ceca en meca... Tengo entre manos una novela y...

—Confiesa sin ambages, interrumpe amargamente Florencio, que mi compañía te desagradaba y buscas un pretexto...

—¡Oh!, tío, ¿puedes pensar tal cosa?.. En cualquier otra circunstancia, tendría el mayor gusto en seguirte...

—Y no tendrías motivo de arrepentirte de ello, insinuó cautelosamente Florencio Garaudel; piensa que eres mi presunto heredero, y que como tal tienes obligación de no contrariar los deseos de tu tío...

Después de haberme lanzado pérfidamente este argumento premonitorio, añade con su tono de falso bonachón:

—Por lo demás, no quiero que ese acto de deferencia te sea oneroso... Yo pagaré los gastos de viaje.

—No insistas, tío; te aseguro que lo que me detiene no es la cuestión de dinero...

—¡Basta!, replica Florencio; repito que yo quiero cargar con todo el gasto... Tu tío sabe mostrarse liberal y generoso cuando es preciso... De la misma manera que no olvida jamás las ofensas que se le hacen, le gusta reconocer las pruebas de amistad que se le dan.

Este segundo argumento es todavía más claro que el primero. No era posible notificarme más terminantemente que si persisto en mi negativa, puedo despedirme de la herencia Garaudel.

En un movimiento de dignidad ofendida, desde luego siento ganas de mandar a paseo a mi hombre y su sucesión... Pero pertenezco demasiado a mi siglo para no temer poco o mucho el espíritu práctico.

Pienso que los éxitos literarios, como las nubes de verano, no suelen ser de larga duración; que me he creado necesidades costosas y que en nuestros días, cuarenta mil francos de renta merecen ser tomados en consideración.

Después de todo ¿qué pide Florencio? El sacrificio de un mes de veraneo.

Justo es confesar que su herencia vale bien la pena de soportar sus manías y genialidades durante cuatro cortas semanas.

Al cabo de treinta días de excursiones por la montaña, el buen hombre se habrá cansado y volverá molido a Villotte.

Insensiblemente, después de haber aducido otras dos o tres débiles objeciones, cedo y me rindo de buen grado.

—¡Vamos, mi querido tío!, digo tendiéndole la mano, puesto que se trata de darte una prueba de respetuosa y complaciente amistad, ya no resisto más... Seré tu compañero de viaje.

—¡En hora buena!, exclama Florencio, tranquilizado; convenido... ¡En marcha para los Pirineos!

Yo suspiro con aire resignado:

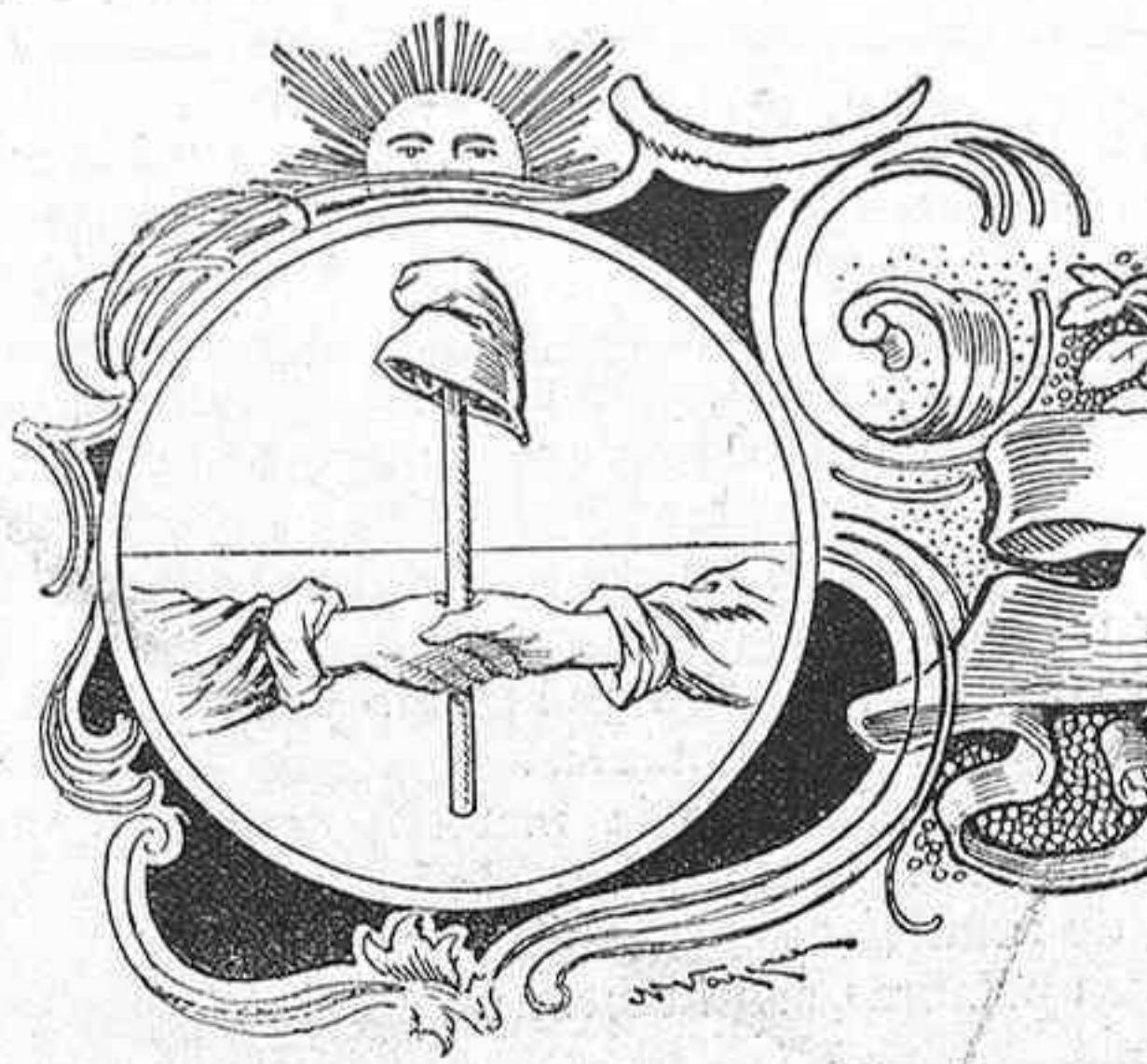
—Vamos a los Pirineos.

—Sí, por ahí quiero empezar mis peregrinaciones botánicas... Prepara tu equipaje y no laves más que lo estrictamente necesario... Mientras tanto, yo iré a la estación de Orleans a tomar billetes circulares, y partiremos esta tarde en el rápido de Burdeos...

III

En la tarde del 30 de julio... —tengo toda clase de motivos para no olvidar la fecha—, un coche de los de imperial nos lleva con nuestros equipajes a la estación de Orleans.

(Se continuará.)



## BUENOS AIRES. - EL A. B. C.

La guerra civil de México motivó el nacimiento de lo que ha dado en llamarse el A. B. C., o sea la reunión conjunta de los tres ministros, de la Argentina, del Brasil y de Chile, para intentar, hasta lograrlo, que los Estados Unidos desistieran de intervenir de modo directo en la política interna de aquella nación.

cillería de Washington, quizás porque allí había nacido el A. B. C.

Los partidarios de la paz debemos estar de enhorabuena y aun más cuando sepamos que al pie de dicho tratado figuran las firmas de todas las demás naciones sudamericanas; que no sería justo se vieran excluidas de tan provechoso pacto las otras repúblicas de habla hispana, si hoy de modesta vida, de seguro porvenir al andar de los años.

afirmada sólidamente la amistad de tres pueblos y aclaradas, para los otros países sudamericanos, muchas cuestiones de importancia internacional.

»La amistad de Chile, Brasil y Argentina es, en efecto, más sólida y franca con el tratado de arbitraje, firmado en la entrevista, tratado que acusa el espíritu de paz y de concordia que anima a las naciones de Sud América y que contrasta profundamente con el de la vieja y culta Europa, cuyas na-



La comitiva oficial a la salida de la Catedral después del Tedéum celebrado el 25 de mayo último

1. Excmo. Sr. D. Victorino de la Plaza, presidente de la República; 2. Dr. Lira; 3. Dr. Muller; 4. Dr. Murature, ministros de Relaciones exteriores de Chile, del Brasil y de la República Argentina respectivamente. (De fotografía facilitada por el diario «La Nación», de Buenos Aires, y remitida por nuestro corresponsal literario Sr. Monner Sans.)

El momentáneo acuerdo, para fin tan simpático, de las tres naciones sudamericanas, ha sido aprovechado con verdadero tacto por el joven ministro de Estado de la República Argentina Dr. Murature, logrando que en Buenos Aires se reunieran los tres ministros de Relaciones Exteriores, Dres. Muller, Lira y Murature, con motivo de las fiestas mayas.

Llegó aquí primero el Dr. Muller, y en compañía de su colega el ministro argentino se trasladó a Santiago de Chile, de donde regresaron ambos, acompañados del Dr. Lira, el día 22 del pasado mayo. La recepción que el pueblo de la capital organizó resultó, en verdad, grandiosa, flotando en el ambiente agradable nota de hispanoamericanismo.

La reunión de los tres cancilleres dió un fruto ostensible: la firma, en la capital de esta República, de un tratado pacifista, tendente a alejar la posibilidad de intervenciones armadas en los conflictos que en el porvenir puedan surgir entre los países firmantes del acuerdo. De este pacto, que lleva la fecha de 25 de mayo, se dió en seguida aviso telegráfico a la Can-

Inútil advertir que los dos ministros, el del Brasil y de Chile, fueron lógicamente agasajados por el gobierno argentino, y que el pueblo se asoció, en cuanto pudo, a los festejos organizados.

Al través de los años, y a pesar de momentáneos contratiempos, la diplomacia argentina se mantiene fiel a su honrosa tradición, que tiene por base el anhelo de paz y la concordia entre todas las naciones de Sudamérica. Ojalá sus esfuerzos, más simpáticos por partir de un país fuerte, alejen de este continente los horrores de la guerra.

Buenos Aires, junio de 1915. R. MONNER SANS.

Comentando tan memorable suceso, escribe la importante revista bonaerense *La Ilustración Sudamericana*:

«Memorable, dentro de los anales diplomáticos de Sud América, será la entrevista celebrada en nuestra capital, el día 25 de mayo, por los ministros Muller, Lira y Murature, representantes de las tres nacionalidades del A. B. C. En ella ha quedado

ciones no hallan, a pesar de su civilización, otras razones que las de la fuerza para dirimir sus cuestiones.

»El tratado también significa para los otros países sudamericanos una declaración de propósitos pacíficos y tranquilizadores. El enuncia que los países signatarios no tienen pensamientos de conquista ni de hegemonía ni de política absorbente para con las naciones hermanas y por el sólo hecho de decidirse a someter el fallo de las cuestiones que se susciten a tribunales arbitrales, Chile, Brasil y Argentina demuestran que son sólo propósitos de concordia y unión fraternal los que puedan guiar su política internacional en el futuro...

»La Argentina, el Brasil y Chile cada vez más unidos, concordantes en sus anhelos y en sus aspiraciones, que no guía ningún mezquino interés, han hecho, tácitamente, una alianza, cuya benéfica influencia, extendiéndose por toda Sud América, dará a las repúblicas del continente, ante las naciones del mundo, el apoyo moral de que hasta ahora han carecido, por su desunión y su debilidad.»

LOS ALTOS MANDOS EN AFRICA

La dimisión del general Marina, fundada en motivos de salud y admitida por el gobierno, que ha premiado los relevantes servicios del ilustre caudillo con la gran cruz de San Fernando, la más honrosa y preciada recompensa militar; y el traslado del general Fernández Silvestre.



El general D. José Villalba Riquelme, nombrado Comandante general de Larache



D. Francisco Gómez Jordana, ascendido a teniente general y nombrado Alto Comisario de España en Marruecos



D. Luis Aizpuru y Mondéjar, ascendido a general de división y nombrado Comandante general de Melilla

otro sustituto que el jefe preclaro que con él compartió la labor inmensa de 1909. Su visión del problema marroquí es tan clara y precisa, que cabe augurar un éxito franco. Nadie como él para atraerse a los indígenas, para dominarlos sin violencias, para armonizar la política y la fuerza, secreto de la penetración pacífica, de las ocupaciones sin bajas, de los avances provechosos. Y pocos como él para organi-

tre a la Casa militar de S. M. el Rey, han motivado una combinación de los altos mandos en Africa, por virtud de la cual han sido nombrados Alto Comisario de España en Marruecos el general Gómez Jordana, Comandante general de Melilla el general Aizpuru y Comandante general de Larache el general Villalba, habiendo sido, además, los dos primeros ascendidos a teniente general y general de división respectivamente.

Estos nombramientos han producido excelente impresión en todo el país y han sido acogidos con aplauso en Melilla, en donde han podido ser apreciadas de cerca las altas cualidades que adornan a los nombrados. Ocupándose en ellos, escribe *El Telegrama de Rif*, importante diario de aquella plaza, refiriéndose al general Jordana:

«Su labor, seguida paso a paso por cuantos aquí vivimos, no necesita de recuerdos y los triunfos que supo lograr por sí solos se pregonan. Trabajador incansable y hombre talentoso y ecuaníme, tras de un estudio perfecto del problema planteado se trazó el camino, cuyo recorrido sólo le brindó buenos éxitos, sin el menor tropiezo, y le permitió ofrecer considerables avances en la obra de pacificación del Rif rebelde.

«Al concederle la nueva estrella, el gobierno lo lleva a un puesto de honor, a la Alta Comisaría de España en Marruecos, donde sin duda las dotes que le adornan le harán muy útil a la patria. A substituir va al general Marina en su delicada misión tanto política como militar, y es bien seguro que sabrá continuar la obra realizada por su antecesor y conducirla a feliz término. Cuenta para ello con adecuada preparación, adquirida en los seis años que viene viviendo en tierras de Marruecos, y su envidiable don de «hacerse cargo», tantas veces puesto por nosotros de relieve, es una garantía de aciertos próximos y positivos.

«Hay que decirlo sin ambages ni eufemismos. El general Jordana es el único hombre que hoy puede cumplir la misión del protectorado que a España incumbe en su zona. El país habrá de tocar muy pronto las consecuencias de este nombramiento. El ilustre general Marina no podía tener

El Jabón de Heno de Pravia de la casa GAL deja la mano como un guante.



zaciones sólidas y fecundas en beneficios.»

Del general Aizpuru dice, entre otras cosas, el citado periódico:

«Teniente coronel en 1909 cuando la acción española empezó, fué soldado de todos los combates y no hubo fuego en que no se hallara... El Alto Mando lo educó en su escuela y al presente se halla el general Aizpuru capacitado para tomar sobre sus hombros la carga pesada que la patria le entrega y que sabrá llevar...»

«Durante seis años ha vivido en el campo y en muchos momentos probó tener muy favorables disposiciones para el trato con los indígenas, siendo por ello de esperar que la admirable labor realizada por el general Gómez Jordana tendrá en él el digno continuador.

«Por lo que a Melilla se refiere, no ignora sus necesidades y ello es prenda de que su mando le será útil, gracias a su buena voluntad y gracias también a sus luces, prendas que, puestas al servicio del cariño que por este pueblo siente, serán fecundas en buenos resultados.»

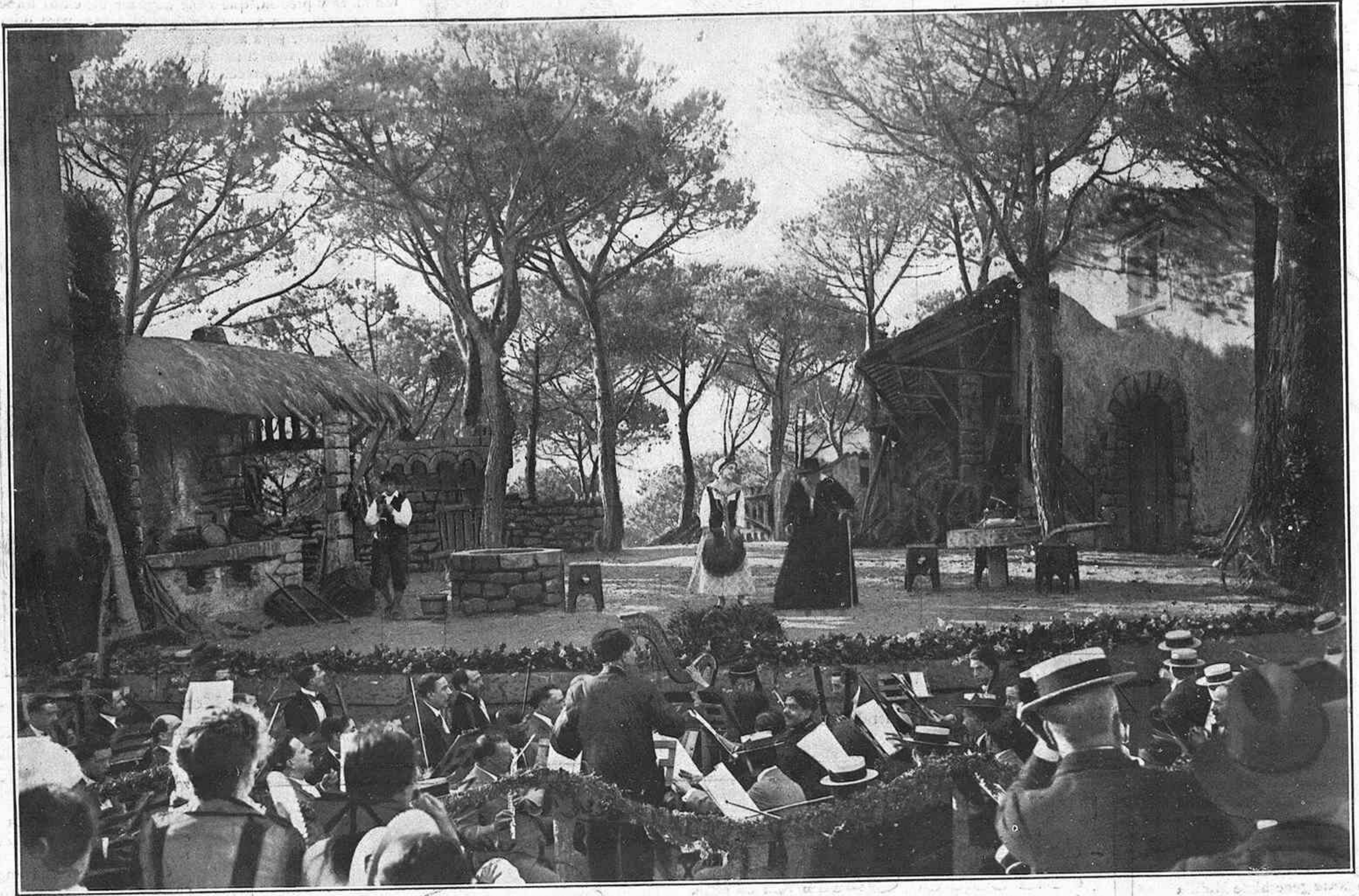
Finalmente, refiriéndose al general Villalba, escribe:

«En las postrimerías de la campaña del 11 vino a Melilla como coronel. Aquí obtuvo su actual empleo para regresar más tarde como presidente de la Junta de Arbitrios. Su espíritu complejo no se avenía a las comodidades de un cargo pasivo y fué aprovechada la primera oportunidad para lograr el mando de una brigada de la que puede ufanarse.

«Su labor inmensa al frente de la Junta de Arbitrios la proclaman no palabras que pudieran dictar la amistad y el cariño, sino los hechos; las dos Memorias de 1913 y 1914 ponen de relieve el esfuerzo extraordinario llevado a cabo para urbanizar e higienizar esta naciente ciudad que guardará memoria de la gestión felicísima del actual presidente de su Junta de Arbitrios. Su labor militar la ha tenido en tanta estima el nuevo Alto Comisario, que lo ha indicado al Gobierno para substituir al general Fernández Silvestre en un puesto hoy difícil, espinoso. El comandante general dimisionario de Larache ha realizado en aquella zona una obra que no a todos es dable continuar con éxito.»

R. Ehrmann.

VALLVIDRERA. - EL TEATRO DE LA NATURALEZA. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Una escena de *L'Arlesiana*, melodrama en tres actos y cinco cuadros de Alfonso Daudet, con comentarios musicales de Jorge Bizet

En uno de los sitios más bellos de los pintorescos montes de Vallvidrera que se alzan en los alrededores de Barcelona; en una eminencia que domina el pantano, rodeada de frondosos bosques y que tiene por fondo las lejanas montañas del Vallés, se ha instalado el Teatro de la Naturaleza, cuya inauguración se efectuó el domingo día 11 de los corrientes.

El lugar no pudo ser mejor escogido para el objeto a que se le ha destinado y los directores del espectáculo han sabido aprovechar admirablemente los accidentes del terreno, así para el espacio ocupado por el público, amplio, despejado y con excelentes condiciones acústicas y de visualidad, como para el escenario, que el reputado escenógrafo Sr. Junyent ha dispuesto con singular acierto, combinando con arte extraordinario los elementos de decoración suministrados por la misma naturaleza y los lienzos y objetos corpóreos pintados para la mayor verosimilitud de la representación teatral.

No menos acierto demostraron los organizadores de la fiesta, al frente de los cuales figura el aplaudido autor dramático Sr. Pous y Pagés, encargado de la dirección general, en la elección de la obra con que se inauguró el Teatro de la Naturaleza y que fué *L'Arlesiana*. El delicado y sencillo drama de Alfonso Daudet, modelo de exquisita poesía y cuya acción interesa en alto grado y conmueve profundamente, adáptase por modo maravilloso a aquel escenario natural,

en donde las escenas, tiernas unas, trágicas otras y todas emocionantes, parecen cobrar mayor intensidad y causan más honda impresión en los espectadores.

Lo propio puede decirse de los incomparables comentarios musicales que para *L'Arlesiana* escribió el eminente compositor Jorge Bizet; las deliciosas melodías, de una simplicidad encantadora, escuchadas con religioso silencio por el numeroso público allí congregado, produjeron un efecto indescriptible; como lo produjo también la animada farandola que se desarrollaba entre los pinos a la suave luz de un hermoso ocaso.

En la interpretación de *L'Arlesiana* todos los actores se portaron como buenos; todos estaban penetrados de la belleza y grandiosidad de aquella solemnidad artística y encarnaron con verdadero cariño los personajes que representaban. Distinguiéronse de un modo especial las señoras Fremont, Moré, Palmada, Faura y Huguet, y los Sres. Giménez, Munt, Ballart, Bové, Extrems, Casanovas y Casals.

La orquesta, formada por setenta profesores y dirigida por el celebrado maestro compositor Sr. Pahissa, ejecutó con singular acierto los inspirados números musicales del malogrado Bizet.

Para todos hubo aplausos y el público salió complacido de aquella fiesta de arte y de cultura, prodigando grandes elogios a sus organizadores y a cuantos en ella tomaron parte.

**LA EMPERATRIZ EUGENIA**

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**ORINA**

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar; limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Paris  
 Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDÈS  
 16, Rue St-Denis, 16

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET-HONOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORES, REÍARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 F.<sup>ca</sup> G. SEGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**HIPOFOSFITOS SALUD**  
 COMBATE  
**ANEMIA**  
**ESCROFULISMO**  
**NEURASTENIA**  
**INAPETENCIA**

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.